

La Santa Misa

Introducción

Dice Santo Tomás de Aquino, que en este sacramento está comprendido, todo el misterio de nuestra salvación, por eso se hace con mayor solemnidad que cualquiera de los otros. Y porque está escrito en el Eclesiastés 4, ¹⁷ : “Custodi pedem tuum ingrediens domum Domini” (Guarda tus pies cuando entras en la casa de Dios) y en el Eclesiástico 18, ²³ : “Ante orationem praepara animam tuam” (Antes de la oración, prepara tu alma), por eso

A. Ante celebrationem huius mysterii (antes de la celebración de este sacramento)

1. Se hace una preparación previa para que lo que va a seguir sea hecho dignamente. Y la primera parte de esta preparación es la alabanza divina, que se realiza en el Introito de acuerdo a aquello del Salmo 49, ²³ : “Sacrificium laudis honorificavit me, et illic iter quo ostendam illi salutare Dei” (El sacrificio de alabanza es el que me honrará, allí está el sendero por donde le mostraré al hombre la salvación de Dios) Normalmente se saca de los salmos, porque como dice Dionisio: “Los salmos contienen en modo de alabanza lo que se encuentra en las Sagradas Escrituras”
2. En segundo lugar se hace una conmemoración de la miseria de la vida presente, y por eso se pide misericordia, diciendo Kyrie eleison tres veces por la persona del Padre, tres por la persona del Hijo cuando se dice Christe eleison; y tres por la persona del Espíritu Santo cuando nuevamente se dice Kyrie eleison; y esto contra la triple miseria de la ignorancia, de la culpa y de la pena.
3. La tercera parte de esta preparación, conmemora la gloria celestial, a la cual pretendemos llegar después de la presente miseria, diciendo Gloria in excelsis Deo. Lo que se canta en las fiestas en las

que se conmemora la gloria celeste, pero se omite en los oficios luctuosos, que tienen relación con la conmemoración de la miseria.

4. La cuarta parte contiene una oración que el sacerdote hace por el pueblo, para que se aprecien dignamente estos misterios tan grandes.

La Santa Misa (1)

(Primera parte)

A. La Preparación

A.1 La preparación pública al pie del altar

Vamos entonces por partes y empecemos con las oraciones al pie del altar. Ahora se hacen estas oraciones al pie del altar, pero antes se hacían a menudo en algún lugar un poco alejado, porque sólo son una preparación para subir a él. No aparecen en los antiguos misales. Hasta el siglo IX aparecen recién porque antes se las dejaba hacer a los sacerdotes según su devoción, ya sea en silencio o junto con los ministros. Ni los concilios ni los papas habían prescrito su forma, por lo que no eran iguales en todas partes.

Estas oraciones preparatorias, conciernen tanto al sacerdote como a los fieles y por esto se dicen públicamente, pues nadie tiene que asistir a misa sin preparación.

Esta primera parte contiene tres cosas:

1. El deseo de subir al altar con confianza en la bondad de Dios.
2. La confesión de las faltas
3. Las oraciones para obtener la remisión de los pecados.

Pero comencemos hablando del signo de la cruz con el que comienza la Santa Misa.

A.1.1 El signo de la Cruz

Al pie del altar el sacerdote va a reconocer que está cubierto de miserias y que necesita la ayuda de Dios para ofrecer una víctima tan pura y adorable como es Nuestro Señor Jesucristo.

El sacerdote comienza la misa con el signo de la Cruz, porque su intención tiene que ser la de renovar la memoria de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo en honor de la Santísima Trinidad.

A.1.2 El salmo “Judica me”

(El deseo de subir al altar con confianza en la bondad de Dios)

El salmo 42, Judica me Deus, junto con su versículo Introibo ad altare Dei, se encuentra en la misa desde hace más de once siglos.

Ya era costumbre muy antigua desde el siglo IV, cantar los salmos a dos coros y que antes y después de cada salmo se repitiera el versículo que contiene la idea que se pretende destacar, llamada antífona (canto alternativo y recíproco)

Este salmo sólo se omite en dos casos: en las misas de difuntos y en las del tiempo de Pasión. El motivo parecen ser las palabras “quare tristis es ánima mea?”, que quieren acabar con toda tristeza, siendo que las ceremonias tanto de difuntos como del tiempo de Pasión, la inspiran.

La Santa Misa (2)

(Primera parte)

A. La Preparación

A.1 La preparación pública al pie del altar

A.1.3 La confesión de las faltas “El Confiteor”

La confesión de los pecados, siempre ha precedido al sacrificio, tanto en la Antigua como en la Nueva Ley, porque para obtener la remisión de los pecados, hay que reconocerlos y pedir perdón por ellos.

Lo hace también golpeándose el pecho como signo de dolor de sus pecados. Con esto se significa que quisiéramos romper nuestro corazón para agradecer de nuevo a Dios. Lo mismo que el publicano del evangelio (Luc 18, ¹³).

Por muy buena que haya sido la preparación del sacerdote para purificar su conciencia y subir al altar, sigue siendo un pecador. Por esto tiene que rogar por sí mismo y por el pueblo.

La liturgia tradicional, tal como la Iglesia nos la ha transmitido a lo largo de los siglos, es una escuela admirable de humildad. Lo vemos en los gestos y en las acciones; las postraciones, las genuflexiones y las inclinaciones son manifestaciones de nuestra humildad y de nuestra reverencia hacia Dios.

El sacerdote al principio de la misa se inclina durante el confiteor como el publicano con los ojos mirando al suelo y diciendo: “Señor, ten piedad de mí que soy un pobre pecador”.

La primera epístola de San Juan es muy clara sobre este particular: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros...” (Jn I 1,₈ – 2,₂).

Santo Tomás pregunta si tenemos que recordar que somos pecadores. ¿Por qué recordarnos que somos pecadores? ¿No es mejor olvidarlo? Santo

Tomás contesta: no tenemos que recordar los pecados concreta e individualmente, sino recordar nuestro estado de pecadores.

Incluso las almas más perfectas siempre han reconocido que eran pecadoras. Sentían en su naturaleza todas las consecuencias del pecado. Sufrían a causa de ello y siempre les era una razón para ser más fervorosas, para ser más contemplativas de la Pasión de Nuestro Señor y para estar más unidas a la Cruz para ser más perfectas.

Cuando nos acercamos más a Dios, vemos más grandes nuestros defectos.

Los santos que se mencionan, no han sido elegidos al azar. Se menciona en primer lugar a la Santísima Virgen, por ser la Madre de Dios, nuestra protectora y refugio de los pecadores. A San Miguel Arcángel, porque es el protector del pueblo de Dios y porque tendrá que presentar las almas al juicio. A San Juan Bautista, porque con él termina el Antiguo Testamento y empieza el Nuevo. A San Pedro y San Pablo porque la Iglesia de Roma fue consagrada con su muerte.

Está mandado que recemos unos por otros. Por eso, los fieles tienen que desear vivamente, que el que va a pedir por ellos sea agradable a los ojos de la divina Majestad. Así el pueblo reza el “Misereatur” por el sacerdote.

A su vez, el pueblo reza su confesión de los pecados. Esta distinción entre la confesión del sacerdote y la de los fieles, subraya que si bien los fieles no ofrecen propiamente el sacrificio (Porque no consagran el cuerpo y la sangre de Cristo), lo ofrecen sin embargo por manos del sacerdote.

La Santa Misa (3)

(Primera parte)

A. La Preparación

A.1 La preparación pública al pie del altar

(Oraciones para obtener la remisión)

A.1.4 Indulgentiam

Después de haber rezado el *Misereatur* para los fieles, el sacerdote pide el perdón de parte de Dios.

Indulgentiam: es decir, que Dios no exija toda la pena que hemos merecido por nuestros pecados.

Absolutionem: es decir, que nos mire como si hubiésemos ya pagado todo.

Remissionem: es decir, que nos perdone nuestros pecados. (aquí el obispo recibe el manípulo)

A.1.5 Versículos y el “*Dominus vobiscum*”

Las palabras “*Dominus vobiscum*” se leen en varios lugares del Antiguo Testamento; y la respuesta “*et cum spiritu tuo*” parece que viene de lo que dice San Pablo a Timoteo “*Dominus Jesus Christus sit cum spiritu tuo*” (2 Tim. 4, 22). Antes de todas las oraciones el sacerdote y los fieles procuran desearse mutuamente que el Señor llene su alma, porque es el Espíritu Santo el que reza en nosotros.

A.2 Subida del sacerdote al altar

A.2.1 Las dos oraciones: “Aufer a nobis” y “Oramus te Domine”

El sacerdote no reza junto con los fieles, sino que reza él sólo y sólo habla en plural, porque en las misas solemnes el diácono tiene que subir siempre con él.

Además termina en singular “*ut indulgere digneris omnia peccata mea*”. También se pide la gracia de subir dignamente al altar, siendo que el único que sube es el sacerdote. Ahora el sacerdote habla en voz baja y ya no lo escucha el pueblo.

El sacerdote llega al altar y lo besa. El beso es un saludo y un signo de respeto y amor. El sacerdote besa el altar como el lugar en el que se inmola Cristo y para manifestar su amor a Cristo representado por el altar.

También besa el sacerdote las reliquias de los mártires. El sacerdote besa hasta 9 veces el altar, 5 antes de la consagración y 4 después. 5 sin volverse y 4 antes del “*Dominus vobiscum*”

A.2.2 Incensación del altar

Falsos motivos para la incensación: Según algunos, se habría introducido para acabar con los malos olores. Pero en los tres primeros siglos no se ocupaba el incienso en las iglesias y esto porque estaba demasiado profanado.

Las verdaderas razones son las siguientes: El incienso quemado ante el altar significa que las criaturas tienen que emplearse y consumirse al servicio de Dios y para su gloria. Así Dios había ordenado en el A.T. a Moisés que le ofreciera incienso sobre el altar de los perfumes.

También el incienso quemado significa el buen olor de Cristo (2 Cor 2, 15), que llega hasta el alma de los fieles. En este sentido, también se incienso al clero y a los fieles. San Germán de Constantinopla (+ 773) dice que el incensario representa la humanidad de Cristo, el fuego su divinidad y el vapor de perfume su gracia.

En tercer lugar se considera como una viva expresión de las oraciones que elevamos a Dios y del deseo que tenemos que se dirijan a Él del mismo modo que el perfume del incienso. El incienso se eleva a lo alto, gracias al fuego que lo inflama (las oraciones que se elevan inflamadas por la caridad); produce un buen olor (el alma con la caridad); se consume enteramente (todo nuestro corazón debe ser y consumirse por Dios).

Por último el incienso significa no sólo nuestras oraciones, sino más en particular la de los santos, puesto que en las S.E. se las describe como un perfume ofrecido a Dios (Apoc. 5,8)

La Santa Misa (4)

(Primera parte)

A. La Preparación

A.3 El Introito

La primera parte preparó al sacerdote a subir al altar; la segunda que empieza con el Introito, prepara al sacerdote y al pueblo a ofrecer la divina víctima, Nuestro Señor Jesucristo.

Sin embargo, la Iglesia procuró siempre no poner nada en esta parte de la Misa que se relacione demasiado con el sacrificio eucarístico, para no revelar los santos misterios a los catecúmenos, que podían asistir a estas oraciones y lecturas hasta el ofertorio.

El “Introito”

Se llama Introito al principio de la Misa porque se canta cuando el sacerdote entra en el altar. Es como una introducción a las oraciones de la Misa. Se atribuye al papa San Celestino I (422).

El Introito se compone normalmente de 2 o 3 versículos de los salmos o de otros lugares de la Sagrada Escritura para atraer el *espíritu de gracia y oración* (Zac. 12,10) que se requiere para la Misa. Del latín Introitus, entrada, introducción; consta de un versículo de los salmos precedido de una antífona, y seguido del Gloria Patri y de la repetición de la antífona. Recuerda y expresa el asunto del misterio o de la fiesta que la Iglesia se dispone a solemnizar en el santo sacrificio y recuerda los ardientes deseos con que los santos patriarcas suspiraban por la venida del Mesías.

El sacerdote lo dice con voz inteligible, porque se incluye en las oraciones que todo el mundo tiene que oír, sólo lo reza en voz baja en las misas cantadas.

Antiguamente, no lo decía el sacerdote, sino que lo cantaba la schola. También antiguamente, le acompañaba el canto de un salmo entero, que

concluía con el Gloria, mientras el sacerdote iba de la sacristía al altar. Desde el siglo VIII, ya no se canta el salmo entero, sino uno o dos versículos, pero se sigue terminando con el Gloria Patri, lo que un resabio de lo que se hacía. San Gregorio lo llama antiphonam ad introitum, porque se cantaba como una antifona, es decir a dos coros.

Considerado místicamente, el Introito significa la entrada de Jesucristo en este mundo y los versículos de que se compone son la expresión de los clamores y suspiros, con que los antiguos Patriarcas esperaban la venida del Mesías.

(Antífona: Palabra tomada del griego y aplicada a una parte del oficio divino. Según San Isidoro de Sevilla, significa “voz alternativa que se canta a dos coros. Antiguamente recibía el nombre genérico de antifona, todo lo que en la Iglesia se cantaba a dos coros, y singularmente los salmos, llamados antífonas tanto en la Iglesia griega como en la latina. En el siglo VI comenzó a darse dicho nombre al versículo que precede al salmo. Actualmente la significación de este término se limita a ciertos pasajes tomados de la Escritura, que convienen al misterio a la vida o dignidad del santo cuya fiesta se celebra y que ya sea en el canto o bien en la recitación del oficio preceden a los salmos y cánticos.

También se da el nombre de antifona a algunas oraciones particulares que canta la Iglesia romana en honor a la Santísima Virgen, y que son seguidas de un versículo y una oración, tal como la Salve Regina, Regina Coeli, etc.

La Santa Misa (5)

(Primera parte)

A. La Preparación

A.4 El Kyrie Eleison

Según Santo Tomás de Aquino, esta parte de la preparación, antes de la celebración del misterio, contiene una conmemoración de la miseria presente, durante la cual se pide misericordia, diciendo Kyrie eleison tres veces por la persona del Padre, tres por la persona del Hijo, cuando se dice Christe eleison y tres por la persona del Espíritu Santo, cuando se vuelve a decir Kyrie eleison. Y esto contra la triple miseria de la ignorancia, de la culpa y de la pena. Así impetramos del cielo el remedio de estas tres miserias. Después del Introito, el sacerdote va al centro del altar y allí reza el Kyrie. Lo hace así, porque de este modo se dirige mejor a Jesucristo, cuya sagrada imagen tiene delante, pero en la misa solemne se dicen los Kyries al lado de la epístola, para que el sacerdote y los ministros puedan oírse entre sí, aunque el coro esté cantando. Esta oración es muy antigua en la misa y consta que se rezaba desde antes del 529 en Roma, Italia y todas las provincias de oriente. San Gregorio Magno simplemente restableció esta costumbre.

En los primeros siglos de la Iglesia se repetía el Kyrie eleison, lo mismo que el Christe eleison hasta que el pontífice hacía una señal. En el siglo XI se introdujo en Roma la práctica de repetir 9 veces los Kyrie, así como hoy se hace. Los Kyries se omiten en las misas que se celebran después de las letanías mayores.

Con el tiempo se intercalaron por iniciativa particular en los Kyries, algunos versículos, especialmente en algunas iglesias de la ciudad de Roma, pero fueron suprimidos por el Papa San Pío V por impropios y poco conformes con la antigua liturgia.

Esta plegaria se dice en griego y en latín corresponde al miserere Domine. El hecho de que se rece en griego indica claramente su origen. Inicialmente se hacía por los catecúmenos.

Es una especie de jaculatoria que espontáneamente emplea el hombre en las horas de tribulación y de peligro. Así vemos que con estas palabras se dirigen a Jesucristo el ciego de Jericó, la mujer cananea y los diez leprosos, implorando misericordia y socorro.

Se dice 9 veces esta plegaria en memoria de los ángeles (9 coros) y en memoria de la Santísima Trinidad.

La Santa Misa (6)

(Primera parte)

A. La Preparación

A.5 El Gloria in excelsis Deo

Antes de que se cantara en la misa el “*Gloria in excelsis*” ya se rezaba en las oraciones públicas y privadas. El testigo de esto es San Hilario o San Atanasio, que dice que las vírgenes cristianas rezan este himno después de haber dicho el salmo 62 *Deus, Deus meus*. Se puede decir que su uso en la misa, es de tiempo inmemorial. Desde el tiempo de San Gregorio Magno el Gloria se cantaba en las misas de domingos y fiestas siempre que celebraba el obispo, pero desde el año 1000, desapareció esta distinción.

Actualmente el himno se dice siempre que en el oficio divino (cuando la misa corresponde a él) se dijo el Te Deum.

División del Gloria:

Gloria a Dios (Santísima Trinidad)

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis. Laudamus te. Benedicimus te. Adoramus te. Glorificamus te. Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam.

Invocación a Dios Padre

Domine Deus, Rex caelestis, Deus Pater omnipotens.

Invocación a Dios Hijo

Domine Fili unigenite Jesu Christe. Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris. Qui tollis peccata mundi miserere nobis. Qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem nostram. Qui sedes ad dexteram Patris miserere nobis. Quoniam tu solus Sanctus. Tu solus Dominus. Tu solus Altissimus, Jesu Christe.

Invocación a Dios Espíritu Santo

Cum Sancto Spiritu in gloria Dei Patris. Amen.

El canto del Gloria concluye con la señal de la Cruz, pues según los antiguos libros litúrgicos, este signo se hace siempre como conclusión de las acciones considerables.

Es lo que se llama la doxología mayor (del griego doxa, gloria y logos, discurso). Frase de alabanza. La doxología menor es el Gloria Patri con que acaban los salmos.

Es una paráfrasis del canto de los ángeles en la noche de Navidad. Encierra dos ideas principales, una de alabanza dirigida a las tres divinas personas, y otra de súplica a la augusta víctima que va a inmolarse.

El *Gloria in excelsis*, se llama también himno angélico, porque principia con las palabras que cantaron los ángeles en el nacimiento del Niño Dios. Lo que sigue se atribuye a San Atanasio.

En el himno hallamos expresados los 4 fines del sacrificio: la adoración (fin latréutico, para honrarlo como conviene), la acción de gracias (fin eucarístico, para agradecerle sus beneficios), la expiación (fin propiciatorio, para aplacarlo, para darle alguna satisfacción por nuestros pecados y para ofrecerle sufragios por las almas del purgatorio) y la impetración (Para alcanzar las gracias que nos son necesarias).

Siendo un himno de alegría no se dice ni en las misas de difuntos ni en las que se celebran con ornamentos morados como ocurre en adviento y cuaresma, ni en las misas votivas privadas, excepto en Santa María en sábado y en la de los Santos Ángeles.

La Iglesia aclama a su Redentor, Sacerdote y Rey.

Es un canto de gloria que ensalza a Nuestro Señor Jesucristo y le atribuye todos los dones y cualidades que tiene en realidad: Él es nuestro Salvador y

Redentor. Ahora está en la gloria del Padre y es realmente el único Señor y el único Altísimo. Esto nos recuerda el lugar que tiene que ocupar Nuestro Señor en nuestras almas y en la sociedad:

Es nuestro único Dios

Nuestro Señor es la fuente de todo y no hay nada fuera de Él. Es nuestro Dios, nuestro único Dios. “Porque Tú sólo eres Santo, Tú sólo Altísimo”.

Jesucristo

El nombre de Nuestro Señor Jesucristo lleva consigo una virtud salvífica y una gracia extraordinaria. En la doctrina de la Iglesia el Nombre de Jesús trae consigo todos los atributos y toda la virtud de Nuestro Señor Jesucristo, motivo por el cual la Iglesia quiere que nos inclinemos cuando se menciona en la liturgia.

La simple expresión del Nombre de Nuestro Señor Jesucristo acarrea una enorme exigencia para el hombre: exige que estemos sometidos a su reino y que creamos en las verdades que ha propuesto.

Es nuestro Salvador, Sacerdote y Rey

“Tú que quitas los pecados del mundo, Tú que estás sentado a la diestra de Dios Padre, ten piedad de nosotros.” Jesucristo es el Salvador, es Sacerdote y es Rey, estos son los tres atributos esenciales de Nuestro Señor.

Es nuestro Mediador

Nuestro Señor Jesucristo es esencialmente Sacerdote, porque es esencialmente Mediador: Mediador entre Dios y los hombres, y esto desde la misma Encarnación.

La Santa Misa (7)

(Primera parte)

A. La Preparación

A.6 La Oración Colecta

Después del *Gloria in excelsis*, el sacerdote y los fieles se desean mutuamente la gracia del Señor. El sacerdote besa el altar para recibir la paz de Cristo y dice *Dominus vobiscum* (El obispo dice *Pax vobis* cuando ha rezado el Gloria), como se lee en el libro de Ruth. El pueblo responde "*Et cum Spiritu tuo*". Esta es la 5ª parte de la preparación. El sacerdote hace una oración por el pueblo, para que los misterios tan grandes sean dignamente recibidos por el pueblo.

Cuando el sacerdote reza la Colecta, tiene sus manos elevadas, lo que viene de la antigüedad, como se lee en los salmos (*Extollo manus meas ad templum* Ps. 27,2 y *Extollite manus vestras in sancta* Ps. 133,2 y *Expandi manus meas ad te* Ps 142,6) y San Pablo: *Orate....levantes puras manus* 1Tim, 2, 8)

Los antiguos cristianos, no sólo extendían las manos sino también los brazos, para imitar la forma en la que Jesús rezó en la cruz. Pero la rúbrica, manda la modestia y humildad.

Explicación

Se llama Colecta a la primera oración de la misa.

La oración se llama Colecta, porque el sacerdote la hace sobre la asamblea y es un resumen de lo que ésta le tiene que pedir a Dios. Por eso se la designa en algunos documentos como "*oratio super collectam*". Colecta significa asamblea, pero también significa resumen.

El sacerdote anunciaba la Colecta excitando a la oración a los fieles allí reunidos con esta palabra: *Oremus*, roguemos; Otras veces decía el diácono en su lugar las palabras "*flectamus genua*", doblemos las rodillas, a lo cual el subdiácono contestaba después de una breve pausa, con esta otra, "*levate*",

levantaos para significar la caída y levantamiento o redención de la humanidad.

El pueblo responde amén al final, para ratificar lo dicho por el sacerdote, siguiendo en esto la costumbre de los antiguos hebreos y de los primeros cristianos. Amen es palabra hebrea que significa: “Es verdad, así sea” o “estoy de acuerdo”.

Todas las antiguas Colectas se dirigen a Dios Padre y terminan por la conclusión “*Per Dominum nostrum Jesum Christum*”. Honramos a Dios Padre por medio de su Hijo, nuestro Salvador. El es nuestro único mediador.

La Santa Misa (8)

(Segunda parte)

B. La Instrucción

B.1 La Epístola

Después de la preparación, para hacer dignamente lo que se va a hacer, continua la instrucción del pueblo fiel, porque este sacramento es misterio de la fe.

Entonces esta parte empieza con una instrucción dispositiva, a través de la enseñanza de los profetas y de los apóstoles, que es leída en la iglesia por los lectores y los subdiáconos.

Todo esto antes de la celebración del misterio.

La Epístola antiguamente era cantada por los lectores, pero desde el siglo VIII aproximadamente, la cantan los subdiáconos. Hasta el siglo XIII no se hizo en el pontifical ninguna mención de la Epístola en la ordenación del subdiácono. Pero desde esta época, para que los subdiáconos cumpliesen una función que ya les daba el uso de mucho tiempo, el pontifical incluyó en la ordenación al subdiaconado, la potestad de leer la epístola.

Origen

Los judíos comenzaban sus reuniones los sábados con la lectura de Moisés o los profetas, como indican claramente los capítulos 13 y 15 de los Hechos. Los primeros cristianos siguieron esta costumbre en sus reuniones dominicales. A la lectura del Antiguo Testamento, añadieron la del nuevo.

Esta lectura se llamó Epístola o apóstol porque se solía sacar la mayor parte de las veces, de las epístolas de San Pablo. Por eso, en casi todos los antiguos sacramentarios se halla esta rúbrica: “post collectam, legitur apostolus.” También se toma de algunos otros libros de la Sagrada Escritura, sobre todo de los sapienciales del Antiguo Testamento. Nunca se toma de los evangelios,

pero sí de los Hechos de los Apóstoles. La Epístola se titula Lectio, porque originalmente se hacía una simple lectura en voz alta, sin canto. Suele empezar con la palabra Fratres, porque San Pablo empieza así varios de sus escritos y repite estas palabras para dirigirse a los fieles.

Postura

Todos se sientan para la Epístola, porque tanto para los judíos como para los primeros cristianos estas lecturas eran una especie de conferencia en la que los que asistían, podían hacer observaciones o interpretaciones. El obispo o uno de los presbíteros más antiguos, solía explicar en breves palabras, esta parte de la Escritura.

Epístolas de San Pablo

1° Epístolas Escatológicas (Parusía + Anticristo) (Las dos a los Tesalonicenses)

2° Epístolas Magnas, I y II Corintios, Gálatas y Romanos. En ellas el apóstol aborda la justificación por la fe. (Contra los judaizantes)

3° Epístolas de la Cautividad, Colosenses I y II, Efesios, Filemón y Filipenses, en ellas el apóstol expone el gran misterio de Cristo. A este grupo se añade la epístola a los Hebreos (Escrita poco después de salir en libertad).

4° Epístolas Pastorales, I y II Timoteo y Tito.

La Santa Misa (9)

(Segunda parte)

B. La Instrucción

B.2 El Gradual, Tracto y Alleluia

B.2.1 El Gradual

Después de la epístola la Iglesia pone algunos versículos que se llaman Gradual porque se recitaban o cantaban en la grada del ambón (púlpito). Es el fragmento de un salmo que se canta entre la epístola y el evangelio. En un principio se llamaba Responsum o Cantus responsorius, o Responsorium, o Psalmus responsorius, porque el chantre o cantor lo empezaba y el coro respondía, viniendo a ser una especie de diálogo cantado. Así como se llamó responsorio, por el modo en que se cantaba, así también se llamó Gradual, por el sitio que el cantor ocupaba al cantarlo, que en general estaba elevado. En Roma había la tribuna del lado en que se tenía el facistol de la epístola. Según Juan Beleth, del siglo XII en París, el chantre se colocaba los días ordinarios sobre las gradas del altar, y en fiestas solemnes en la tribuna.

El gradual se podía cantar de dos modos: Sin interrupción, por un solo cantor o alternativamente, siendo el solista interrumpido por otros cantores, o por toda la asamblea. Se decía que se cantaba “en antífona”, “en versículo” o “en respuesta”, de donde vienen los nombres de Gradual, tracto o responsorio. Lo que se canta después de la epístola siempre se ha llamado gradual; lo que cantan sólo los cantores, tracto; y lo que canta el coro con los cantores responsorio o versículo.

No se sabe cuando se introdujo o determinó el canto del Gradual en la forma actual. En África, en tiempo de San Agustín, se cantaba todo el salmo. En la Iglesia de Antioquía en tiempos de San Juan Crisóstomo se cantaba un salmo después de cada lección y había por lo menos tres. En Roma parece que en la

mitad del siglo V se cantaba aún todo el Salmo. El Gradual tomó su forma actual entre esta época y el fin del siglo VII.

B.2.2 El Tracto

El **Tracto** es un encadenamiento de muchos versículos que se cantan en la misa después del gradual. En otro tiempo estos versículos se cantaban ya sin interrupción, *tractim* por un solo cantor, ya por muchos alternativamente. Como tenía un carácter más triste cuando se continuaba por una sola persona, que cuando muchos se respondían, se estableció su uso en los tiempos consagrados a la penitencia, o a la memoria de la Pasión del Salvador, y en las misas por los difuntos, de hacer cantar en tracto los versículos por un solo o dos cantores a los que el coro no responde. En los días festivos consagrados al júbilo en lugar del tracto se canta el alleluya y se repite por el coro.

B.2.3 El Alleluia

La palabra Alleluia es una palabra hebrea, y significa “alabad a Dios”, pero al mismo tiempo, expresa un movimiento o transporte de alegría, de modo que no se tradujo al griego o al latín, para no perder ese doble sentido. Con esta palabra principian varios salmos y terminan otros muchos. Se cantaba en las solemnidades en señal de alegría espiritual. Así se lee en Tobías (XIII, 22): Por sus calles (de Jerusalén) se cantará el aleluya y en el Apocalipsis (XIX, 1-6) nos dice San Juan que oyó voz como de muchas turbas que cantaban aleluya y que los ancianos que rodeaban el trono del Señor y los cuatro animales se prosternaban cantando aleluya.

La Santa Misa (10)

(Segunda parte)

B. La Instrucción

B.3 El Evangelio

Dice Santo Tomás, que el pueblo es instruido perfectamente, a través de la doctrina de Cristo, la que está contenida en el Evangelio, que es leído por el diácono o el sacerdote.

La palabra significa “*Bonum nuntium*” buena nueva, o sea la noticia de haberse cumplido ya en Israel las promesas de Dios (Luc. II, 10)

San Justino mártir, dice que Evangelio son las memorias escritas por los apóstoles, y en este sentido comúnmente se llama Evangelio a la colección de los cuatro libros divinamente inspirados escritos por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, tal es el significado que tiene la palabra evangelio en el Apocalipsis (XIV, 16).

Nunca la Iglesia admitió más Evangelios que los 4 que se insertan en la Vulgata, y que están sancionados en el canon del Concilio de Trento, rechazando como apócrifos los muchos escritos que con el nombre de evangelios circularon en los primeros siglos de la Iglesia. Se publicaron en el mismo orden en que aparecen en la Vulgata, orden que se remonta a los primeros siglos de la Iglesia, como puede verse en el canon de Muratori, obra del siglo II.

Los tres primeros son llamados sinópticos, porque concuerdan en el orden de los asuntos que tratan. Se escribieron desde el año 40 al 63, mucho antes que el evangelio de San Juan.

San Mateo escribió su evangelio antes de abandonar la Judea para predicar la fe a los gentiles. San Marcos más tarde pero antes de la muerte de San Pedro, en el año 67. (Fue redactado bajo la supervisión de San Pedro). El de

San Lucas se publicó poco tiempo después, porque el habla de su evangelio en los Hechos de los Apóstoles y este libro es anterior al año 67.

El Evangelio de San Juan es probablemente posterior a la destrucción de Jerusalén y debió escribirse entre los años 70 y 80.

La razón de la concordancia de los evangelios, es la tradición apostólica. Los Apóstoles, edificaron la Iglesia y anunciaron el evangelio de Cristo, predicando lo que habían visto y oído del Sagrado Maestro.

Los cuatro evangelistas están representados por las cuatro figuras simbólicas de la visión del profeta Ezequiel. La figura del hombre es propia de San Mateo (empieza dando la genealogía humana del Salvador), la del león de San Marcos (empieza recordando la voz del león que ruge en el desierto) (*Vox clamantis in deserto*), la del toro de San Lucas (animal destinado al sacrificio, porque empieza por la historia de Zacarías, sacerdote y sacrificador) y la del águila de San Juan (se remonta a la genealogía divina del Verbo). Todo esto según San Gerónimo, porque hay diferencias con los otros Santos Padres.

Otros intérpretes piensan que estos símbolos se refieren al mismo Jesucristo. Hombre por haber tomado la naturaleza humana, león por haber vencido a todos sus enemigos, becerro por haber sido víctima de pacificación, águila porque habiendo resucitado por su propia virtud, subió a los cielos como con un vuelo rápido de águila.

El Evangelio refiere los episodios de las enseñanzas y vida de Jesús. Dice monseñor Lefebvre, que San Pablo dio a los Gálatas instrucciones muy precisas para permanecer fieles al Evangelio de Cristo. Es muy útil leer el primer capítulo de la epístola de San Pablo a los Gálatas. Es una lección extraordinaria que se aplica a nuestro tiempo y nuestra situación. Oh insensatos Gálatas, ¿cómo puede ser que os paséis tan pronto a otro evangelio? (Gal. 1,6) Querían volver a las prácticas del Antiguo Testamento. “Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciara un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema” (quede

excomulgado, que sea apartado de Dios) (Gal. 1, 8) (Ahora el evangelio de los derechos del hombre, de la libertad religiosa y del ecumenismo)

La Santa Misa (11)

(Segunda parte)

B. La Instrucción

B.4 El Credo

Y como creemos a Cristo, como a la verdad divina, de acuerdo a aquello de Juan 8,46: *“si veritatem dico vobis, quare vos non creditis mihi?”*, leído el evangelio, se canta el Símbolo de la Fe, con el cual el pueblo muestra que asiente a la doctrina de Cristo. Este Símbolo se canta eso sí, en las fiestas en que se menciona algo de este Símbolo, como en las fiestas de Cristo y de la Santísima Virgen y de los apóstoles, que fundaron esta Fe.

El Credo es el resumen de la doctrina cristiana. También se llama símbolo, porque es el signo con el que se distingue el cristiano de los demás.

Para las tropas que hacen guardia, la contraseña - símbolo- es la palabra que permite distinguir a un compañero de un enemigo; en la milicia cristiana, el rezo del Credo, permite distinguir a un cristiano del que no lo es. De ahí vino esta antigua manera de hablar: Dame el signo del cristiano, dime el Símbolo. Durante los 3 primeros siglos el único símbolo conocido fue el llamado “de Los Apóstoles”; los cristianos lo aprendían de memoria, pero no lo escribían, para que no lo conociesen los gentiles.

Pero como en el siglo IV Arrio negó la divinidad del Verbo, los Padres del primer Concilio de Nicea (Nicea en 325) explicaron y extendieron el segundo artículo del Símbolo en lo referente a la Persona del Hijo.

Más tarde cuando el Obispo de Constantinopla, Macedonio, negó la divinidad del Espíritu Santo, pretendiendo que no era más que una criatura, un servidor de Dios. El Concilio de Constantinopla (en 381) explicó el artículo: “Credo in Spiritum Sanctum” y añadió sus explicaciones al Símbolo de Nicea, lo que acabó formando el Símbolo Constantinopolitano, aunque desde el siglo VI se la ha solido llamar Símbolo de Nicea. (Niconoconstantinopolitano)

“Creemos en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y que es adorado y glorificado con el Padre y el Hijo, que ha hablado por los profetas”.

En el Concilio de Toledo, se le hizo otra adición en el 589. A la proposición “Yo creo en el Espíritu Santo que procede del Padre, se añadió “y del Hijo”, contra los godos y arrianos. No decirlo en el Símbolo podía parecer negarlo. No era doctrina nueva, sino que sólo era una novedad en el Símbolo, para combatir a los arrianos. La Escritura como la tradición apostólica confirman que el Espíritu Santo procede igualmente del Hijo.

Citamos el pasaje más importante que prueba esta verdad (Juan XVI₁₃ y sig.): “Cuando venga Aquél, el Espíritu de verdad, Él os conducirá a toda la verdad; porque Él no hablará por Sí mismo, sino que dirá lo que habrá oído, y os anunciará las cosas por venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo declarará. Todo cuanto tiene el Padre es mío; por eso dije que Él recibe (recibirá) de mí (de lo mío), y os lo declarará”. Procede pues del Padre, lo mismo que del Hijo, porque recibe de él, es, a saber, la naturaleza divina, la omnisciencia, etc. Recibe del Hijo, porque este lo tiene todo en común con el Padre, y por consiguiente la procesión activa divina que le es propia. Además es llamado Espíritu del Hijo, del mismo que se llama Espíritu del Padre, porque procede de él. Por último en muchos lugares se dice que el Espíritu Santo es enviado por el Hijo, cuya misión indica dependencia de la persona enviada y esta dependencia en la Trinidad no es otra que de origen. Los teólogos añaden otra razón, diciendo que si el Espíritu Santo no procediese del Hijo, no se distinguiría personalmente del mismo, porque no habría entre ellos relación, que se funda en el origen. (Santo Tomás: no es posible decir que las divinas personas se distinguen por algo absoluto, porque de ello se seguiría que no sería una misma esencia para las tres personas, porque lo que se dice absolutamente de la divinidad, pertenece a la unidad de la esencia. Sólo queda entonces, que las divinas personas se distingan por sus relaciones... Es necesario entonces que el Hijo y el Espíritu Santo tengan una relación de oposición. No puede haber en la divinidad otra relación de oposición sino la relación de origen. Y esta se adquiere de acuerdo al origen,

al principio. Entonces sólo queda decir que el Hijo procede del Espíritu Santo, lo que nadie dice, o que el Espíritu Santo procede del Hijo, lo que nosotros confesamos.

Durante los 5 primeros siglos, no se recitó nunca en la misa el Credo, pues esto no convenía para los catecúmenos, a quienes no se les quería permitir conocer la fe hasta pocos días antes del bautismo; ni tampoco convenía a los fieles, a los que se consideraba como bien instruidos en la fe cuando asistían al Santo Sacrificio.

Pero como las herejías de los Macedonios hacían muchos progresos, Timoteo, obispo de Constantinopla, ordenó en el año 510 que en todas las misas se recitase el Símbolo, explicando el artículo sobre el Espíritu Santo, mientras que antes se rezaba en público sólo el Viernes Santo, cuando el Obispo hacía la instrucción para los que se iban a bautizar; de este modo se hizo recitar el último de los Símbolos mencionados, por su referencia más explícita al Espíritu Santo.

Las iglesias vecinas siguieron pronto este ejemplo, y así el tercer Concilio de Toledo (589) ordenó que se recitara el Credo según la forma oriental de Constantinopla.

A finales del siglo VIII y principios del IX se introdujo la costumbre de cantar el Símbolo en las iglesias de Francia y Alemania, para oponerse a las herejías de Félix de Urgel (Que pretendía que Jesucristo era sólo el hijo adoptivo de Dios).

En Roma, aún no se recitaba en el siglo XI, pero a partir de este siglo se empezó a cantar. El Emperador San Enrique quedó sorprendido cuando fue a Roma en 1014 y vio que allí no se rezaba. Cuando preguntó, los clérigos le dijeron que en Roma no se cantaba porque allí nunca había herejías. Sin embargo, el Papa Benedicto VIII, lo mandó rezar desde ese momento.

Dos son los motivos que determinan los días en que se reza. La concurrencia de fieles y la fiesta que se celebra.

Se dice todos los domingos porque es el momento en que los fieles están obligados a ir a misa. También en las fiestas de Nuestro Señor, y de la Santísima Virgen, porque ambos se nombran especialmente en el Credo. Igualmente en la fiesta de los Apóstoles que son quienes principalmente predicaron la Fe. En fiestas de 1ª clase.

El Credo se reza después del evangelio, aunque no siempre se rezó en el mismo momento. Las iglesias griegas lo cantaban en seguida después del prefacio; y las de España después de la consagración e inmediatamente antes del Padrenuestro para que nadie fuese a comulgar sin haber profesado públicamente la fe. Pero las iglesias de Francia lo colocaron después del evangelio y las de Roma, Inglaterra y Alemania siguieron este uso.

La Santa Misa (12)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

Dice Santo Tomás, que así preparado e instruido el pueblo, se continúa con la celebración del misterio, el cual se ofrece como sacrificio, y es consagrado y luego tomado como sacramento. Primeramente se realiza la oblación (ofrecimiento); luego la consagración de la materia ofrecida; finalmente se percibe la materia consagrada.

C.1 La antifona del Ofertorio

En la primera parte del ofertorio, se produce la alabanza del pueblo en el canto de la antífona del ofertorio, por la cual se significa la alegría del ofrecimiento.

La Oblación u ofertorio, es la parte de la Misa que encierra las oraciones y ceremonias que se hacen para ofrecer la materia del sacrificio hasta el canon. El sacerdote inicia esta parte de la misa con el Dominus vobiscum, seguido del Oremus para exhortar a los fieles a que permanezcan en silencio durante el ofertorio.

Antes se despedía a los catecúmenos antes de empezar esta parte y por eso se llamaba a esta parte de la Misa, misa de los fieles. Esto ya se llamaba así en el siglo IV. Y por lo tanto las partes anteriores se llamaron misa de los catecúmenos, término que se usaba también en el siglo IV.

El sacerdote antes de empezar el sacrificio, besa el altar nuevamente, símbolo de Cristo, por eso el altar ocupa un lugar central en las iglesias.

La Antífona

Actualmente se llama también Ofertorio, al versículo que reza el sacerdote, inmediatamente antes de la oblación y que la schola canta en las misas cantadas o solemnes. Se le llama con este nombre, porque tenía que decirse mientras el pueblo hacía su ofrenda. Hasta el siglo IV, esta ofrenda se hizo en silencio, pero en tiempos de San Agustín, se introdujo en Cartago el uso de cantar algunos himnos sacados de los salmos.

Antiguamente el ofertorio, consistía en un salmo con su antífona, que se cantaba mientras el pueblo iba a la ofrenda, pero este uso no se conoció sino hasta el siglo IV, por la pobreza de los fieles y porque además eran poco numerosos. Pero cuando la Iglesia alcanzó su libertad, el número de los fieles que llevaban su oblación era considerable y exigía un tiempo bastante largo para recibirlas. Entonces se introdujo la costumbre de cantar algún salmo y se cree que empezó en Cartago en tiempos de San Agustín. Cuando se perdió la costumbre de hacer ofrendas en la misa y quedó reducida al estado actual, cesaron de cantarse salmos, y se sustituyeron con una antífona corta como se lee en el misal actualmente.

Dice Monseñor Lefebvre: Si la primera parte de la misa os recuerda la fe que tenéis que enseñar, la segunda parte de la misa (Es decir, de aquí en adelante en nuestro análisis), en cierta manera es la más importante, es la del sacrificio. Después del credo entráis en un silencio misterioso. Rogáis a Dios y entráis en ese gran misterio que es Dios. Por eso la Iglesia pide al sacerdote que rece estas oraciones en voz baja. No es que no pida a los fieles que se unan a él, sino que en cierto modo en ese momento el sacerdote desaparezca en cierto modo de la asamblea en que está, para encontrarse cara a cara con Dios, como Moisés en el Sinaí o como los apóstoles en el Tabor, que subieron a la montaña. “Subiré al altar de Dios”. El sacerdote ha subido al altar de Dios; ahora está sólo, cara a cara con Dios. Va a cumplir un gran misterio, el sacrificio de Nuestro Señor, como en el Calvario.

La Santa Misa (13)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

La ofrenda de los fieles y la materia del sacrificio

Los fieles siempre entendieron que era su obligación ofrecer a la Iglesia todo lo necesario para el servicio divino, y sobre todo el pan y el vino que son la materia del sacrificio. Esta ofrenda se hizo comúnmente hasta el siglo IX, como indica el Ordo romanus II N°9: “Mientras el coro canta el ofertorio con sus versículos, los fieles, primero los hombres y luego las mujeres hacen su ofrenda de pan y vino sobre manteles blancos... El obispo recibe las ofrendas, que un subdiácono pone en el mantel que sostienen 2 acólitos... Una vez que termina la ofrenda, el obispo baja del trono, va al altar, hace una oración y lo besa. Luego recibe como pan sólo la oblación de los sacerdotes y diáconos , que son los únicos que pueden acercarse al altar”...

Después del año 1000, esta ofrenda fue desapareciendo insensiblemente. La razón de este cambio fue: 1. Porque los sacerdotes ofrecían en el altar panes preparados con más cuidado que los que ofrecía comúnmente el pueblo; 2. Porque los fieles hicieron dones considerables a la Iglesia proveyendo a los clérigos de todo lo necesario para el culto divino.

El único resto de esta ofrenda es el ofrecimiento de los cirios (Velas para el altar) que hacen los ordenados en la misa de su ordenación. Los nuevos obispos el día de su consagración ofrecen al obispo que los ordena pan y vino antes del ofertorio.

La materia del sacrificio

Nuestro Señor mismo es quien determinó la materia del sacrificio, cuando consagró pan y vino. Quiso que fuese pan y vino. En occidente, la Iglesia ha querido además que fuese sin levadura, de la harina más pura y que se distinguiese del pan ordinario por algunas señales exteriores.

Acerca del pan sin levadura no tenemos ningún decreto antes del siglo XI, pero hasta ese tiempo nos fundamos en el uso inmemorial, pues no había discusiones sobre ese tema. Las divergencias con los griegos empezaron a partir de ese momento. Sin embargo la Iglesia latina obliga sub gravi al uso del pan ácimo para imitar a Nuestro Señor, que cuando instituyó la sagrada eucaristía empleó pan ácimo, pues desde que se inmolaba el cordero pascual ya no se podía comer pan fermentado.

Ya en el siglo VIII se usaba de parte de los latinos. Así Alcuino en el año 790 nos lo indica: “Panis qui in Corpus Christi consecratur, absque fermento ullius alterius infectionis debet esse mundissimus”.

La necesidad de la materia no viene de la conveniencia sino de la institución por Cristo, que claramente consta.

Pero es muy conveniente por 4 razones:

- a) En cuanto al uso del sacramento: es un alimento espiritual, por lo que es conveniente usar pan y vino, los cuales son los alimentos más comunes.
- b) En cuanto es memorial de la Pasión, en la que se separó el cuerpo de la sangre de Cristo. Y por eso en este sacramento, que es memorial de la Pasión del Señor, se toma separadamente el pan como el sacramento del cuerpo y el vino como sacramento de la sangre (la conveniencia mira aquí especialmente a la consagración por separado).

- c) En cuanto al efecto:

Considerado en cada uno de los que lo toman: la carne de Cristo, bajo la especie de pan, se ofrece para la salud del cuerpo, y la sangre de Cristo, bajo la especie de vino, para la salud del alma. (la sangre significa el alma de Cristo: “el alma de toda carne está en la sangre” Lev. 17, 14. Pero ojo, no es necesario recibir la sangre, para recibir a Cristo entero.

Respecto a toda la Iglesia: Como el pan se hace de muchos granos, y el vino de muchas uvas, así “multi unum corpus sumus” (muchos formamos un solo cuerpo I Cor 10,17).

d) Además el trigo es un símbolo que Cristo se aplicó a si mismo: “si el grano de trigo no muere.....” (Jn, 12, 24)

Santo Tomás reconoce que otras cosas podrían significar mejor el sacrificio, pero serían menos propias para significar los efectos del sacramento y la unidad de la Iglesia.

Además la materia es muy fácil de obtener, y donde no pueda darse el trigo o la vid, fácilmente puede trasladarse la cantidad necesaria (tanto el trigo como el vino, pueden conservarse largo tiempo en condiciones normales).

Nunca debe consagrarse una especie sin la otra.

La consagración es válida con ambos panes. Es conveniente el fermento porque simboliza el Verbo que se une con la harina de la humanidad y el fervor de la caridad, efecto de la Eucaristía.

Pero es más conveniente el pan ácimo porque fue el que utilizó Cristo y porque el fermento es cierta corrupción, que en mucha cantidad podría hacer inválido el sacramento. El fermento simboliza la caridad, por algo que le es accidental, en cambio la corrupción por su misma esencia.

Es más propio entonces el significado del pan ácimo:

- a) El pan es más propiamente sacramento del cuerpo y no de la divinidad, y lo más propio de aquel es la pureza, simbolizada por la ausencia de fermento.
- b) Simboliza también la sinceridad de los fieles (sin fermento de malicia) como dice San Pablo.

La Santa Misa (14)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

Hasta el siglo XI no se rezaba ninguna oración en el ofertorio salvo la secreta. La secreta expresa de hecho, la oblación de los dones y, además la oblación está esencialmente en el Canon. (*“Te igitur, clementissime pater, per Jesum Christum Dominum nostrum, rogamus ac petimus uti accepta habeas, et benedicas haec dona, haec munera, haec sancta sacrificia illibata; in primis quae tibi offerimus”*). Pero la Iglesia juzgó oportuno detallar los motivos de la oblación en las oraciones, para despertar la atención de los sacerdotes y hacerles realizar santamente esta gran acción.

Las cuatro primeras oraciones, *Suscipe; Offerimus; In Spiritu; Veni Sanctificator*, son sustancialmente y casi con las mismas palabras las que desde hace más de 1300 años se rezaban en el misal mozárabe.

Hacia el siglo XII el misal romano admitió también la oración *Suscipe, Sancta Trinitas* que se usaba en Milán y en varias iglesias de Francia.

C.2.1 Ofrecimiento de la Hostia

En la misa solemne es el diácono quien le entrega la patena con la hostia al sacerdote. Este es el único vestigio que queda de que el sacerdote no ofrece más que lo que le presentan los fieles, representados por el diácono.

Oración: *“Suscipe, sancte Pater, omnipotens aeterne Deus, hanc immaculatam hostiam, quam ego indignus famulus tuus offero tibi, Deo meo vivo et vero, pro innumerabilibus peccatis, et offensionibus, et negligentibus meis, et pro ómnibus circumstantibus, sed et pro ómnibus fidelibus Christianis vivis atque defunctis: ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam aeternam. Amen”*.

“Recibe o Padre santo, Dios omnipotente y eterno, esta hostia inmaculada, que yo indigno siervo tuyo ofrezco a Ti, que eres mi Dios vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias y por todos los presentes y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos; a fin de que a mí y a ellos nos aproveche para la salvación y la vida eterna. Amén.”

El sacrificio propiamente dicho empieza en la oblación. Es una parte esencial, puesto que la oblación y la consagración constituyen la separación de lo profano y dedican a Dios el objeto consagrado. Nuestro Señor, siendo Víctima y Sacerdote, se ofreció a sí mismo. “Se ofreció porque Él mismo lo quiso” (Is 53, 7); “Nadie me quita mi alma; Yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo” (Jn 10, 18)

Si bien esta oblación de Nuestro Señor tuvo lugar formalmente en su Pasión, sin embargo, es cierto decir que toda su vida fue objeto de una oblación continua, realizada ya por el sólo hecho de la unión hipostática, que no fue sino una consagración y separación para entrar en la intimidad de la Trinidad como mediador.

El sacrificio de la misa repara el pecado y purifica las almas. Las oraciones del ofertorio lo manifiestan claramente, al ofrecer el sacerdote la hostia en reparación de sus propios pecados y por la salvación de todos los fieles vivos y difuntos. El sacerdote termina esta oración haciendo una señal de la Cruz con la patena sobre el corporal, mostrando con ese signo sensible que se coloca la hostia en la Cruz, en donde Jesucristo se ofreció a su Padre por nuestros pecados.

Los protestantes aceptan el sacrificio eucarístico pero niegan el sacrificio propiciatorio, es decir, niegan que el sacrificio de la misa expíe los pecados. Es el mismo sacrificio, ofrecido en el Calvario, que continúa. Por consiguiente, cada vez que se ofrece el sacrificio de la misa, se perdonan los pecados y se derraman gracias de santificación en el mundo entero. Este es el motivo por el cual vale la pena ser sacerdote.

Hanc immaculatam hostiam: lo que el sacerdote tiene en la patena no es más que pan, pero es un pan que sólo se ofrece porque está destinado a convertirse en el verdadero pan, Jesucristo. La Iglesia prescribe el uso de esta expresión porque supone que ya se sabe que hay que ofrecer a Dios una Hostia pura y sin mancha que le sea agradable a sus ojos y que sólo Jesucristo puede agradarle a Dios. Tenemos que estar preparados a hacer esta ofrenda que al ofrecer el pan se habla como si ya se ofreciera esta hostia inmaculada que es la única que nos puede lavar de nuestros pecados.

Toda la antigua Iglesia nos lo da a entender claramente en muchas oraciones que llamamos secretas, en las que sólo se ofrece el pan para convertirlo en Cuerpo de Jesucristo. Por ejemplo, la secreta del día de Epifanía: *“Ecclesiae tuae, quaesumus, Domine, dona propitius intueri, quibus non jam aurum, thus et myrrha profertur, sed quod eisdem muneribus declaratur, immolatur et sumitur, Jesus Christus Dominus noster”*. (Esta oración se encuentra en los antiguos sacramentarios, como el Gregoriano)

Al ofrecer el sacerdote reza por si mismo, por los asistentes y por todos los fieles. Al poner la hostia en altar, el sacerdote traza una señal de la cruz con ella, para significar claramente que lo que tiene en sus manos es la Víctima del Sacrificio. Lo mismo hará cuando deje el cáliz sobre el altar.

La Santa Misa (15)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.2 La mezcla de agua y vino

También el vino es materia del sacrificio. En la misa solemne es el diácono el que lo pone en el cáliz.

Oración: *“Deus qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti, et mirabilius reformasti: da nobis per hujus aquae et vini misterium, ejus divinitatis esse consortes, qui humanitatis nostrae fieri dignatus est particeps, Jesus Christus Filius tuus Dominus noster: Qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus: per omnia saecula saeculorum. Amen”.*

“Oh Dios, que maravillosamente formaste la dignidad de la naturaleza humana, y más maravillosamente la restauraste: danos por el misterio que representa la mezcla de esta agua y este vino, participar de la divinidad de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, pues él se dignó participar de nuestra humanidad: el cual, siendo Dios, vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén”

En el cáliz se pone también un poquito de agua. La mezcla del agua con el vino es una ceremonia que la Iglesia siempre ha usado, pues imita a Jesucristo, que en la última cena consagró el cáliz que, según el ritual de los judíos, tenía que contener agua y vino.

Pero aparte de esta razón esencial, los Padres dijeron que había que admitir otras dos razones misteriosas: **1ª**, para resaltar que el pueblo fiel está unido con Jesucristo y ofrecido con él en el cáliz; **2ª**, porque del costado traspasado de Cristo brotó no sólo sangre sino también agua.

La Iglesia siempre ha querido que se guarde esta mezcla. Podemos ver esta doctrina explicada en los decretos para los Armenios: “El agua se mezcla porque, según los testimonios de los Padres y doctores de la Iglesia...se cree que el Señor mismo instituyó este sacramento en vino mezclado de agua; luego porque así conviene para la representación de la pasión del Señor. Dice, en efecto, el bienaventurado Papa Alejandro, quinto sucesor del bienaventurado Pedro: “En las oblações de los misterios que se ofrecen al Señor dentro de la celebración de la Misa deben ofrecerse en sacrificio solamente pan y vino mezclado con agua. Porque no debe ofrecerse para el cáliz del Señor ni vino solo ni agua sola, sino uno y otro mezclados, puesto que uno y otra, esto es, sangre y agua, se lee haber brotado del costado de Cristo. Ya también porque conviene para significar el efecto de este sacramento, que es la unión del pueblo cristiano con Cristo”.

En las misas solemnes es el subdiácono quien pone el agua, aunque este uso es reciente, pues no se ve en el rito romano antes de 1488 (en que aparece en el ceremonial de Roma). Antes la ponía sea el mismo sacerdote, sea el mismo diácono.

El sacerdote bendice esta agua porque representa a los fieles, razón por la cual no se bendice en las misas de difuntos, pues en éstas todo el pensamiento está ocupado en las almas del purgatorio, que ya no pueden ser bendecidas por los sacerdotes.

Monseñor Lefebvre: “Todos los días en la santa misa, cuando el sacerdote mezcla el agua con el vino, dice esta oración: ‘Háznos participar de la divinidad de Aquel que se dignó hacerse participante de nuestra humanidad’. Nuestro Señor asumió nuestra vida humana para comunicarnos su vida divina y hacer este magnífico intercambio. Esta participación a la naturaleza de la vida de Dios no es sino la gracia santificante, de tal modo que el don que nos justifica al mismo tiempo nos deifica, y la justificación es una auténtica deificación”

Cuando el sacerdote en el altar pone una gota de agua en el vino, esta gotita de agua representa al pueblo fiel. Esta gota de agua se une a la sangre de

Nuestro Señor, puesto que pronto el vino se va a transformar en la sangre de Nuestro Señor. De este modo participamos de la gracia de Nuestro Señor y somos esa gotita de agua en medio de la inmensa ola de gracia santificante de Nuestro Señor. Su gracia santificante tiene cierta infinitud, porque sale de la unión de Nuestro Señor con la divinidad. Por consiguiente, Nuestro Señor hubiera podido santificar a mundos y mundos, a generaciones y generaciones, muchas más de las que han sido y serán santificadas.

La Santa Misa (16)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.3 Ofrecimiento del cáliz

En las misas solemnes el sacerdote recibe el cáliz del diácono. Como en otro tiempo los cálices eran más grandes, para que bebiesen de él no sólo el sacerdote, sino también el clero y los fieles, era muy natural que el diácono ayudase al sacerdote a sostenerlo. Y por eso dice Offerimus.

Oración: *“Offerimus tibi, Domine, calicem salutaris, tuam deprecantes clementiam: ut in conspectu divinae majestatis tuae, pro nostra et totius mundi salute, cum odore suavitatis ascendat. Amen.”*

“ Te ofrecemos, Señor, el cáliz de salvación, implorando tu clemencia para que suba como suave aroma hasta la presencia de tu divina majestad, por nuestra salvación y por la del mundo entero. Amen”

Al poner el cáliz en el altar el sacerdote traza también una señal de la cruz, como para ponerlo en ella. Según el rito romano, desde hace unos 6 siglos se pone el cáliz detrás de la hostia (antes se colocaba a su derecha). La primera vez que se prescribió así fue en el pontifical de 1485, tomando la disposición que ya estaba en vigor en Francia y Alemania.

El cáliz se cubre igualmente con una palia, “no por razón de misterio sino por precaución, para impedir que caiga algo dentro”

En esta oración se añadieron posteriormente las palabras *“pro redemptione nostra et etiam totius mundi”*, que no estaban en los textos antiguos. La Iglesia no reza únicamente por los fieles sino también por todos los hombres, pero sólo en el sentido de que se salven y lleguen al conocimiento de la

verdad, no perdiendo de vista las oraciones del Viernes Santo. En este sentido es en el que pide la salvación para todo el mundo.

La patena en la misa solemne

Desde el siglo VIII aproximadamente, en que se ponían los dones ofrecidos sobre el corporal, ya no se necesitó la patena más que para romper la hostia o distribuir la comunión. En el mismo pontifical, la oración de consagración de la patena indica que su única utilidad es la fracción y la administración de la eucaristía.

En el rito romano, en lugar de llevarla otra vez a la credencia y dejarla ahí hasta la fracción, la guarda el subdiácono. Se entiende que antiguamente no era conveniente que se quedara en el altar, pues siendo grande como para contener todas las hostias – no sólo del clero sino también de los fieles – y no siendo ya necesaria, era conveniente ponerla aparte.

Los simbolismos son la ceguera del pueblo judío, o la divinidad de Nuestro Señor que se esconde durante su pasión.

La Santa Misa (17)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.4 In Spiritu Humilitatis

“In Spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur a te Domine: et sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat tibi, Domine Deus.”

“Recíbenos, Señor, al presentarnos a Ti con espíritu humillado y corazón contrito; y el sacrificio que hoy te ofrecemos, oh Señor Dios llegue a tu presencia, de manera que te sea grato”

Esta oración está tomada de la fórmula con la que los tres jóvenes cautivos de Babilonia, viendo el horno ardiente en donde iban a ser arrojados, por no haber querido adorar al ídolo, se ofrecían valientemente en holocausto a la gloria del verdadero Dios. Es una invitación a ofrecernos a nosotros mismos y a aceptar cristianamente las pruebas de esta vida.

En esta oración se hace ver claramente que el sacerdote ofrece junto a los fieles. La Iglesia toma prestadas aquí estas palabras al cántico de los tres jóvenes en el horno de Babilonia (Dan 3, 39 ss)

La Santa Misa (18)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.5 Veni Sanctificator

“Veni, Sanctificator omnipotens aeterne Deus: et benedic hoc sacrificium, tuo sancto nomini praeparatum”

“Ven, Santificador todopoderoso, Dios eterno; y bendice este sacrificio, preparado para gloria de tu santo nombre”

Todas las antiguas liturgias griegas y latinas, lo mismo que los Padres de la Iglesia, hablan en este punto con el mismo lenguaje, pidiendo al Espíritu Santo que venga a consumir el pan y el vino para cambiarlos en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo.

Aquí se desea igualmente que nosotros mismos, los que ofrecemos, seamos transformados para ser ofrecidos a Dios. Todo esto no puede realizarse más que por medio de la obra del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo que obra el gran milagro de la transubstanciación, santifica a las almas durante la misa.

El Espíritu Santo es todo amor y misericordia, aplaca la justicia y preserva de la condenación eterna a las almas de los pecadores. Él principió y terminó la obra de nuestra santificación. La empezó, cuando por su intercesión el Verbo se hizo carne en el seno inmaculado de María y el alma santísima de Jesús se unió con su cuerpo, es decir, al unirse la divinidad con la humanidad. La terminó el día de Pentecostés, cuando se comunicó con sus apóstoles y discípulos y por la conversión de las almas empedernidas, ante el espectáculo del Calvario.

Y así la Santa Misa es la obra más excelente del Espíritu Santo. Todos los teólogos están de acuerdo al considerar como la mayor maravilla la unión de la divinidad con la humanidad, esto es, la Encarnación. Esta maravilla, como todas las obras eternas de Dios, es común a las tres Personas divinas. Pero la Iglesia, en conformidad a la Teología, la atribuye a la obra de amor más maravillosa y admirable; y esta es la maravilla que canta la Iglesia en el símbolo de la Fe: *Et incarnatus est*.

A pesar de ello el milagro que se realiza en el altar aventaja al primero, porque desciende el Hombre Dios del cielo y se oculta en la parte más pequeña de la Hostia.

La liturgia de Santiago, atribuye este milagro de los milagros, al Espíritu Santo. Inmediatamente antes de la fórmula de la consagración se lee: “Envía, Señor, sobre estos dones, al Vivificador, al Divino, al Eterno, que, en unión contigo, Dios Padre y de tu Hijo único, reine y gobierne, a fin de que por su santa, saludable y gloriosa presencia, sea este pan santificado y transubstanciado en el cuerpo, y este vino en la sangre preciosa de Cristo”.

También en la liturgia de San Juan Crisóstomo: “Bendice, Señor, este pan: conviértele en el cuerpo adorable de Cristo. Bendice el cáliz santo y convierte, por obra del Espíritu Santo, el vino en la sangre preciosa de Cristo”.

Lo mismo encontramos en el misal romano: “Ven, Santificador Todopoderoso, Dios eterno, y bendice este sacrificio preparado en honra de tu santo nombre”.

Del modo como desciende el Espíritu Santo nos lo dice claramente Santa Hildegarda (1098 – 1179): “Cuando el sacerdote ya revestido de sus ornamentos sacerdotales se dirigía al altar para celebrar, vi bajar del cielo una claridad que iluminó el altar durante la santa Misa”.

“En el Sanctus una llama celeste atravesó el pan y el vino, como penetran los rayos del sol a través del cristal. Esta llama levantó al cielo las dos especies y las dejó enseguida sobre el corporal. Desde ese instante no hubo más que la

carne y la sangre verdadera de Jesucristo, aunque aparentemente sólo se viesen el pan y el vino. Mientras yo contemplaba las santas especies vi pasar ante mis ojos, tal como se habían realizado en la tierra, la Encarnación, el Nacimiento, la Pasión y la muerte del Hijo de Dios”

El Antiguo Testamento ya nos había ofrecido dos hermosas imágenes de este misterio.

El primero cuando el sacrificio de Aarón: “Y la gloria del Señor se dejó ver de toda la muchedumbre: pues un fuego enviado por el Señor, devoró el holocausto y los cebos que había sobre el altar. Lo cual visto por las gentes del pueblo, postrándose sobre sus rostros alabaron al Señor” (Lev. IX 23-24)

El otro al consagrarse el Templo: “Luego que Salomón acabó de hacer sus fervorosas plegarias, bajó del cielo fuego que devoró los holocaustos y las víctimas; y la Majestad del Señor llenó toda la casa. Asimismo todos los hijos de Israel estaban viendo bajar el fuego y la gloria del Señor sobre la casa y postrándose rostro en tierra sobre el pavimento enlosado adoraron y bendijeron al Señor, repitiendo: Porque es bueno y porque es eterna su misericordia”. (II Paralipomenos 7, 1 - 3)

Según Baronio, San Ignacio, Patriarca de Constantinopla, mientras celebraba la santa Misa vio muchas veces como el pan consagrado tomaba la forma de un carbón encendido. La Iglesia griega no consagra como la romana, una Hostia, sino un pedazo de pan con levadura. ¡Que admirable debió de ser este pan inflamado con la llama del fuego divino! El fuego es el símbolo del amor por el cual el Padre está unido al Hijo y siendo el Espíritu de amor la tercera persona divina, gusta de manifestarse a los hombres bajo el emblema de llamas de fuego.

El propio Baronio refiere un hecho relativo a la participación que toma el Espíritu Santo en el acto de la consagración.

Vivía en Fornello, ciudad poco distante de Roma, un obispo virtuoso en grado sumo que acostumbraba celebrar la Misa con gran fervor; pero a pesar de ello alguien encontró un medio de acusarlo ante el Papa Agapito, de haber

comido en los vasos sagrados, con gran escándalo de los fieles y el Papa lo llamó a Roma y lo encarceló.

En la noche del tercer día vio el Papa en un sueño misterioso a un ángel ayudando por tres veces la misa que celebraba el obispo prisionero y al despertar llamó Agapito al prelado haciéndole celebrar los santos misterios en su presencia.

Obedeció el acusado y después del ofertorio, en la oración que dice: “Ven, Santificador Todopoderoso, Dios eterno, y bendice este sacrificio preparado para gloria de tu santo nombre”, el Papa, al propio tiempo que el celebrante, vio bajar el Espíritu Santo, que les cubría así como a los diáconos, semejante a una nube.

Entonces el Papa reconoció la inocencia y santidad del obispo y se arrepintió de haberlo encarcelado injustamente.

El Espíritu Santo ruega constantemente por nosotros, pero en especial en la santa Misa, como podemos deducirlo del pasaje siguiente de San Juan Crisóstomo: “En la Misa no oramos solos, póstranse los ángeles e interceden por nosotros”.

Si los espíritus celestes eligen preferentemente el momento de la santa Misa para abogar por nosotros lo hacen a ejemplo del Espíritu Santo que uniéndose a Jesucristo inmolado en el altar se empeña en ablandar a la justicia divina.

La Santa Misa (19)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.6 La Incensación

Todas las antiguas liturgias hacen mención de la incensación en el momento del ofertorio, aunque en la Iglesia latina, sólo data del siglo XI (En un principio en el cristianismo no se usaba el incienso por su relación con la idolatría. Otros dicen que son de tradición apostólica). En el año 820, Amalario en el prólogo de su Tratado de los oficios eclesiásticos nos dice que “*post evangelium non offerunt incensum super altare*”. Pero en el siglo XI el Micrologio, nos dice que aunque según el Ordo romanus no habría que incensar el altar, ya era una costumbre en todas partes hacerlo.

Durante la bendición del incienso el Padre va diciendo una oración: “*Per intercessionem beati Michaelis Archangeli, stantis a dextris altaris incensi, et omnium electorum suorum, incensum istud dignetur Dominus benedicere, et in odorem suavitatis accipere. Per Christum Dominum nostrum. Amen.*”

“Dígnese el Señor, por la intercesión de San Miguel arcángel, que asiste a la diestra del altar del incienso, y por la de todos sus escogidos, bendecir este incienso y aceptarlo como suavísimo perfume. Por Cristo Nuestro Señor. Amen”

En la oración de bendición del incienso se hace alusión al “ángel que está a la diestra del altar de los inciensos”, que sin duda es San Gabriel (Luc 1,11). Pero como hay otro ángel en el Apocalipsis (Apoc. 8,3) que tiene un incensario en las manos y que San Miguel es el ángel principal del Antiguo Testamento y el protector del pueblo de Dios, se puso el nombre de San Miguel. Con todo en el misal Illirico (año 900) y en el Tileto aparece San Gabriel en lugar de San Miguel.

El incienso que se le ofrece a Dios es un símbolo de nuestras oraciones y de nuestra propia oblación.

Ya hemos hablado del significado de la incensación al hablar del Introito. Recordemos aquí lo que dice Santo Tomás: *“Thurificatione non utimur quasi ceremoniali praecepto legis, sed sicut Ecclesiae statuto. Unde non eodem modo utimur sicut in vetere lege erat statutum.... Pertinet ad repraesentandum effectum gratiae, qua, sicut bono odore, Christus plenus fuit, secundum illud (Gen 27,27) “ecce, odor filii mei sicut odor agri pleni”; et a Christo derivatur ad fideles officio ministrorum, secundum illud (2 Cor. 2) “odorem notitiae suae spargit per nos in omni loco”* (IIIª, qu. 83, art. 5, ad 2^{um})

(La incensación no la manda la ley de Dios, sino que es un precepto de la Iglesia. Por esto no la usamos de la misma manera que se usaba en el Antiguo Testamento. Representa el efecto de la gracia, de la que, como el buen olor, Cristo estaba lleno, de acuerdo a aquello del Génesis (Gen 27,27) “ el olor de mi hijo es como el olor de un campo bendecido por Yavhé” y de Él se deriva a sus ministros, según aquello (2 Cor. 2, 14) “y por medio de nosotros se derrama la fragancia de su conocimiento en todo lugar”

El incienso (del latín incensum, de incendere, encender) es una sustancia resinosa y aromática que se obtiene del olíbano o incienso, una planta aromática. Es una planta arbórea de la familia Burseraceae, del género Boswellia, en especial B. carterii y B. Bahu – Dajiana. Está el incienso macho, producido naturalmente (el más precioso) y el hembra, obtenido artificialmente). Se quema en ciertas ceremonias religiosas.

¿Qué significa? 1º: La adoración, esto es, el culto de latría tributado a Dios y al hombre Dios en la Sagrada Eucaristía, pues el incienso quemado delante de Dios significa el anonadamiento de toda criatura delante de Él. 2º La oración, que se eleva hacia Dios como el humo del incienso. 3º La gracia, que Jesucristo infunde en las almas como el buen olor que el incienso difunde por el templo.

¿Por qué incienso la Iglesia las reliquias, las estatuas y los cuadros de los santos?

1° Para honrar a Dios que los ha coronado en el cielo, ha santificado sus cuerpos en la tierra y los glorificará en la resurrección; 2° para dar testimonio de su respeto y devoción a los santos.

¿Por qué incienso la Iglesia a sus ministros y aun a los fieles?

1° A sus ministros, para honrar en ellos a Jesucristo a quien representan, y el carácter sagrado de que están revestidos; 2° a los fieles para honrar el carácter de cristianos que les fue impreso en el bautismo.

¿Por qué incienso también los cuerpos de los fieles difuntos?

1° Para honrar los cuerpos santificados por el bautismo, la confirmación, la eucaristía, y la extremaunción; 2° para pedir a Dios que haga subir hacia Él como incienso de suave olor las oraciones hechas por los difuntos.

Varias son las significaciones místicas que se atribuyen a la incensación. Así se dice que se incienso el altar, para representar el buen olor de Cristo Señor nuestro, para ahuyentar los demonios, para simbolizar la Gloria de Dios que apareció entre nubes; y se incienso la oblata por respeto a Jesucristo, siendo de advertir que se incienso 6 veces, porque Jesucristo fue a Betania ante sex dies Paschae, (6 días antes de la Pascua, Jn 12,1) y que se dan tres vueltas alrededor del cáliz y de la hostia, las dos primeras llevando el incensario de derecha a izquierda porque Jesús volvió a Jerusalén, y la tercera de izquierda a derecha porque de Jerusalén volvió a Betania. Durando añade que se hace la incensación primero en forma de cruz y después en figura de corona, para darnos a entender que no hay gloria sin sacrificio, y que debemos pasar, por lo mismo, de la Pasión de Jesucristo a la corona de la Santísima Trinidad. En la misa solemne, lo mismo que en las vísperas, incensado el celebrante, reciben la incensación algunos otros, para expresar que Jesucristo comunica a todos su buen olor.

La Santa Misa (20)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.7 Lavabo

Este *Lavabo* originalmente se hizo con un significado misterioso, al que más tarde se le añadió otro natural. La razón misteriosa de este *Lavabo* es que desde el comienzo de la misa de los fieles (que es la parte sacrificial) la Iglesia quiere mostrar que los sacerdotes tienen que purificarse hasta de las faltas más ligeras, razón por la cual se lavan no las manos, sino sólo las extremidades de los dedos pulgar e índice, que van a tocar la Hostia. Esto lo hace al lado epístola y fuera de la mesa del altar. Se llama así porque mientras se enjuga reza el salmo *Lavabo inter inocentes*, que debe concluir en el mismo sitio. Al llegar al Gloria Patri vuélvese con las manos juntas hacia el medio del altar y hace inclinación de cabeza a la cruz al pronunciar dichas palabras, según decreto de la Santa Congregación de Ritos de 7 de septiembre de 1816, y con paso grave se dirige al centro del altar.

Los *Ordines romani* dan a pensar que la única razón de este Lavabo fue la espiritual, pues hasta el siglo XV en Roma tenía lugar inmediatamente después del Oremus para el ofertorio.

Así lo explica ya desde el siglo IV San Cirilo de Alejandría: “Habéis visto – dice – que el diácono ha servido el Lavabo al sacerdote que oficia y a los demás ministros que están alrededor del altar. ¿Pensáis que tiene que limpiar su cuerpo? De ninguna manera, pues no acostumbramos a estar en tal estado cuando entramos a la iglesia.... Pero este lavabo de las manos significa que tenemos que estar puros de todos nuestros pecados, pues nuestras manos significan nuestras acciones y lavarnos las manos no es más que purificar nuestras obras” Y añade: “Esta ablución no se hace para lavar las manchas

del cuerpo sino para significar que el alma tiene que purificarse hasta de las más pequeñas manchas, motivo por el cual el sacerdote sólo se lava el extremo de los dedos y no las manos”.

Sólo a partir del siglo IX este Lavabo se colocó en las iglesias de Francia y Alemania después de la recepción de la ofrenda y de la incensación, ceremonias que pueden ensuciar las manos y hacer que se laven por una razón natural. Antes en la misa solemne el sacerdote se lavaba las manos completas por la incensación que puede ensuciarlas.

Durante el lavabo el sacerdote reza parte del salmo 25:

“Lavabo inter innocentes manus meas: et circumdabo altare tuum, Domine. Ut audiam vocem laudis: et enarrem universa mirabilia tua. Domine dilexi decorem domus tuae: et locum habitationis gloriae tuae. Ne perdas cum impiis, Deus animam meam: et cum viris sanguinum vitam meam. In quorum manibus iniquitates sunt: dextera eorum repleta est muneribus. Ego autem in innocentia mea ingressus sum: redime me et miserere mei. Pes meus stetit in directo (en el camino recto): in ecclesiis benedicam te, Domine”.

La Iglesia pone estas palabras en boca del sacerdote durante la misa porque se ha purificado con la penitencia y con la probidad de vida antes de subir al altar. El lavabo está tomado del salmo 25 en el cual David expone a Dios su inocencia, hace presente su afecto por la casa del Señor, y le ruega que no le arruine con sus enemigos. Comprende el lavabo desde el versículo sexto de dicho salmo hasta el fin. En las misas de réquiem y de pasión se omite el Gloria Patri, no solamente para conformarse con la antigua costumbre, sino también porque el gloria es una expresión de júbilo, que no corresponde a dichas misas.

Este salmo que representa la persona del justo, se aplica perfectamente al celebrante, que debe ser igualmente justo.

La Santa Misa (21)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.8 Suscipe Sancta Trinitas

El sacerdote se inclina profundamente en medio del altar y dice la siguiente oración:

“Suscipe sancta Trinitas, hanc oblationem quam tibi offerimus ob memoriam passionis, resurrectionis et ascensionis Jesu Christi Domini nostri: et in honorem beatae Mariae semper Virginis, et beati Joannis Baptistae, et sanctorum Apostolorum Petri et Pauli et istorum et omnium Sanctorum: ut illis proficiat ad honorem, nobis autem ad salutem: et illi pro nobis intercedere dignentur in caelis quorum memoriam agimus in terris. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.”

“Recibe Trinidad santa, esta ofrenda, que te ofrecemos en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascension de Jesucristo, Nuestro Señor, y en honor de la bienaventurada siempre Virgen María, y de San Juan Bautista, y de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y de éstos y de todos los santos; sea para ellos venero de honra, y para nosotros de salvación, y dígnense interceder por nosotros en el cielo aquellos cuya memoria veneramos en la tierra. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.”

Esta oración fue introducida en el rito romano hacia el siglo XII. El hecho de que esta oración se dirige a la Santísima Trinidad (y no sólo a la persona del Padre como suelen hacer las antiguas oraciones) denota su modernidad. Los cartujos que tomaron el misal de Grenoble en 1084, no la dicen.

Es una ratificación de las oraciones anteriores del ofertorio.

Aquí recuerda el celebrante todos los elementos de la oblación, a saber: aquel a quien va dirigida, los misterios y los santos en cuya memoria y honor se ofrece y por fin los auxilios que la Iglesia militante espera conseguir.

Nos enseña: 1° A quien se ofrece el sacrificio; 2° La naturaleza del sacrificio; 3° Cómo en el sacrificio de la misa participa también la Iglesia triunfante y los socorros que de ella puede esperar la Iglesia militante.

Dice Monseñor Lefebvre: “Es la oblación de Nuestro Señor que glorifica a la Santísima Trinidad, y el alma unida a esta oblación participa de esta glorificación siguiendo a los apóstoles y a los mártires. El sacrificio de la misa es una oblación y esta oblación tiene que ser el modelo de la nuestra. Nuestra vida tiene que ser una oblación a Dios a través de Nuestro Señor Jesucristo, siempre a través de Nuestro Señor Jesucristo y en unión con la oblación de Nuestro Señor Jesucristo. La oblación del sacrificio de la misa continuará en el cielo. Seremos siempre víctimas ofrecidas a la gloria de Dios. Siempre estaremos bajo la influencia de la Pasión de Jesús y de su Cruz, y a Nuestro Señor le atribuiremos la gracia de la visión beatífica.

Nuestro Señor Jesucristo seguirá ofreciéndose en su Cuerpo Místico glorificado en alabanza y acción de gracias a la Santísima Trinidad. Nosotros seremos pequeñas células vivas de Nuestro Señor Jesucristo, que cantaremos sus alabanzas por toda la eternidad.”

La Santa Misa (22)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.9 Orate Fratres

Después de besar el altar, el sacerdote dice las primeras palabras de esta frase en voz alta y las demás en silencio hasta *“Patrem omnipotentem”*, que vuelve a decirlo en voz alta.

“Orate fratres, ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem”.

“Orad, hermanos, para que este sacrificio mío, que es también el vuestro, sea agradable a Dios Padre todopoderoso”.

Se ve que los fieles también ofrecen el sacrificio, con el sacerdote y por medio de Él.

Antiguamente solo se decían las palabras *“Orate fratres”*. Las demás se pusieron después, como un comentario o una explicación de la finalidad por la que se les pedía rezar a los fieles. El primer texto donde las hallamos es un comentario a la Misa de Remi de Auxerre, hacia el año 880 *“Orate fratres, id est, ut meum ac vestrum pariter sacrificium acceptum sit Domino”*. Otra fuente también dice que esta invitación a los fieles es antiquísima y que se usaba ya en el siglo II.

El sacerdote se dispone a entrar en el Santo de los Santos y con esta súplica como que se despide de los fieles, a los que no volverá a ver más que cuando se haya consumado el sacrificio. Durante todo este tiempo ya no se girará hacia ellos, ni siquiera cuando diga el *“Dominus vobiscum”*. Permanece de cara al altar como si estuviera encerrado en el Santo de los Santos. Cuando les dirige esta súplica parece decirles: “Rezad hermanos: voy a entrar en un

recogimiento más grande para hacer solo las oraciones secretas; pero vosotros no dejéis de rezar, pidiéndole a Dios que mi sacrificio le sea agradable”.

La respuesta a esta invitación no siempre fue la misma, pero la de ahora es admirable, pues resume muy bien la triple utilidad del sacrificio de la misa:

“Suscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis ad laudem et gloriam nominis sui, ad utilitatem quoque nostram, totiusque Ecclesiae suae sanctae”.

“Reciba el Señor de tus manos este sacrificio en alabanza y gloria de su nombre, y también para utilidad nuestra y de toda su santa Iglesia. Amen.”

¿Qué dice monseñor? Jesús es el gran orante, durante su existencia en la tierra y ahora todavía en el cielo. Por eso la Iglesia a imagen suya, tiene que ser la gran orante. La fe que no conduce a la oración, es una fe muerta. Ahora bien ¿cuál es la gran oración de la Iglesia? Es el santo sacrificio de la misa, como la gran oración de Nuestro señor fue su Calvario. A esta gran oración pide la Iglesia que se asocien todos los fieles íntima y profundamente, adorando a Dios, a Nuestro Señor Jesucristo, a su Creador y Redentor.

¡Qué maravillosa oración que Jesús transmitió a la Iglesia! Y en esta oración ¡se transmitió a sí mismo! Quiere que participemos de su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, para volvernos también nosotros orantes como Él. Que toda nuestra vida sea una oración, una ofrenda, un canto y un cántico de acción de gracias

La Santa Misa (23)

(Tercera parte)

C. El Ofertorio

C.2 Las oraciones del Ofertorio

C.2.10 La Secreta

El sacerdote después del “*Orate Fratres*” reza en voz baja la oración llamada “Secreta”, y lo hace así porque acercándose el momento solemne del Sacrificio, la Iglesia ha entrado ya en un profundo recogimiento y su voz no es percibida sino de Dios. El celebrante termina diciendo en voz alta estas palabras: “por todos los siglos de los siglos”. Y rompe así el silencio para invitar a todos los asistentes a unirse fervorosamente a la oración del celebrante, antes del Sacrificio.

El sacerdote no dice *oremus* antes de la secreta porque, como ya hemos visto, lo ha dicho al principio del ofertorio y según el antiguo Ordo romano todo lo que seguía tenía relación con esta oración que era la única que se decía.

¿Por qué se llama así esta oración?

Están divididos los pareceres acerca del nombre de esta oración:

- El Padre Le Brun y muchos liturgistas pretenden que se llama así porque se debe recitar en secreto y en voz baja.
- Bossuet en sus “Explications de la Messe”, dice que se llama así porque era la oración que se hacía sobre la oblación después de haber separado la parte que se reservaba para el sacrificio o después de la separación de los catecúmenos y también después de que el pueblo que se había adelantado hacia el altar para llevar su oblata, se retiraba a sus lugares. Añade que por esta razón se llamaba *super oblata* en algunos antiguos sacramentarios. En apoyo de Bossuet se puede decir

que en toda la liturgia, no existe una sola Secreta, donde no se haga mención de los dones ofrecidos sobre el altar. La Secreta, es pues, oración de la separación, (*oratio secretionis donorum*) (*Oratio super secreta*: oración sobre los dones separados) (en latín *secerno*, *secrevi*, *secretum*: Separar)

Casi todas las secretas se reducen a pedir a Dios dos cosas:

- Que se digne recibir favorablemente lo que está sobre el altar.
- Que por su gracia nos ponga en condiciones de poder ser presentados nosotros mismos como hostia agradable.

Son muchas veces que en las Secretas se expresa el fin propiciatorio del Sacrificio :

- *“Haec sacra nos, Domine, potente virtute mundatos, ad suum faciant puriores venire principium”* (Domingo I de Adviento)
- *“Placare quaesumus Domine humilitatis nostrae precibus et hostiis: et ubi nulla suppetunt suffragia meritorum, tuis nobis succurre praesidiis”* (Domingo II de Adviento)
- *“Súscipe, Domine , sacrificium, cujus te voluisti dignanter immolatione placari: praesta, quaesumus: ut hujus operatione mundati, beneplácitum tibi nostrae mentis offeramus affectum”* (Sábado después de cenizas)
- *“Hostias tibi, Domine, placationis offerimus: ut et delicta nostra miseratus absolvas, et nutantia corda tu dirigas”* (Sábado de témporas de cuaresma)
- *“Sacrificiis praesentibus, Domine, quaesumus intende placatus: ut et devotioni nostrae proficiant, et saluti”* (Domingo II de cuaresma)
- *“Haec hostia, Domine, quaesumus emundet nostra delicta: et ad sacrificium celebrandum, subditorum tibi córpora, mentesque sanctíficet”* (Domingo III de cuaresma)
- *“Haec múnera, quaesumus, Domine, et víncula nostrae pravitatis absolvat, et tuae nobis misericordiae dona concilient”* (Domingo de Pasión)

- *“Da misericors Deus: ut haec salutaris oblatio et a propriis nos reatibus indesinenter expediat, et ab ómnibus tueatur adversis”* (Domingo 22 después de Pentecostés)
- *“Réspice, quaesumus, Domine, ad ineffáblem Cordis dilécti Filii tui caritatem: ut quod offerimus sit tibi munus accéptum, et nostrórum expiatio delictorum”* (Sagrado Corazón)

Leemos en el libro “La misa de siempre”: La conclusión de las oraciones muestra la necesidad de la mediación de Nuestro Señor para ir al Padre. “Nosotros oramos siempre ‘por Cristo Nuestro Señor’ ¡Siempre! Jesucristo es Dios, el Verbo de Dios hecho hombre. Es nuestro Dios. El único camino que hay es Nuestro Señor Jesucristo. El mismo dijo: “Yo soy la puerta del Paraíso. Yo soy la puerta del aprisco. Nadie puede entrar al cielo si no pasa a través de mí” Por esto todas nuestras oraciones en la Iglesia terminan con estas palabras: per Christum Dominum nostrum. Nuestro Señor es, en cierto modo, nuestra oración y todas nuestras oraciones tienen que pasar por Él.”

La Santa Misa (24)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.1 El Prefacio

Es la parte de la misa que precede inmediatamente al canon y que principia por estas palabras *Sursum corda*. Los liturgistas más antiguos nos enseñan que esta oración o acción de gracias, se halla en los más antiguos sacramentarios, el Canon empieza con estas palabras: “*Sursum corda*”. Es lo que se llama prefacio, es decir, un preludio o introducción a las oraciones del canon (viene de prae – fari, decir antes, hablar antes (prologo)). La Iglesia hace esto para imitar a Nuestro Señor Jesucristo, que empezó por dar gracias a su Padre cuando quiso resucitar a Lázaro, multiplicar los panes o cambiar el pan y vino en su cuerpo. Esta invitación a dar gracias se encuentra en la liturgia de todas las Iglesias. De ahí podemos concluir, siguiendo a San Agustín, que lo que se encuentra tan antiguamente en uso en todas las iglesias, debe venir de una fuente común, es decir, de la tradición apostólica.

Tres razones hay para dar gracias en este momento:

- 1.- Para agradecer el favor que se nos concede de participar en la celebración del Santo Sacrificio.
- 2.- Por la proximidad a que nos encontramos del momento de la consagración.
- 3.- Por la esperanza cierta que tenemos de recibir la Santísima Eucaristía.

San Cipriano (siglo III) ya hablaba en su comentario al Pater sobre el Prefacio: “Cuando estamos en oración debemos tener todo nuestro corazón puesto en ellas. Todos los pensamientos carnales y mundanos deben alejarse. Así el sacerdote prepara las almas de sus hermanos diciendo: *Sursum corda* y el

pueblo responde *Habemus ad Dominum*, con lo que expresa que solo debe tener en su pensamiento al Señor” (cita libre)

Podemos distinguir tres partes, la Introducción, el cuerpo del prefacio y el Sanctus.

En cuanto al número de prefacios, si bien la iglesia griega tiene uno solo, la latina desde el siglo VI hasta el XI tuvo uno diferente casi para cada fiesta, en los que destacaba con pocas palabras el carácter particular de la fiesta. Pero hacia el año 1000, en la mayor parte de las iglesias los prefacios se redujeron a 10: uno común – que está en todos los sacramentarios más antiguos – y 9 más, que según una carta atribuida al Papa San Pelagio (556 – 561) son: el de Navidad, Epifanía, Cuaresma, Pascua, Ascensión, Pentecostés, Santísima Trinidad, Apóstoles y Santa Cruz. A estos se les unió el de la Santísima Virgen, que se cree que aprobó el Papa Urbano II (1088 – 99)

Actualmente a éstos se añadieron otros 4: el de San José (Pío IX), el del Sagrado Corazón (León XIII), el de difuntos (Benedicto XV) y el de Cristo Rey (Pío XI).

El sacerdote dice *Dominus vobiscum* pero no se da vuelta a los fieles por dos razones: 1. Porque en las antiguas liturgias de Santiago, San Basilio y San Juan Crisóstomo en este momento, se cerraba el santuario corriéndose unas cortinas, de modo que el altar desaparecía a la vista de los fieles, por lo que el celebrante se giraría hacia ellos sin razón. 2. Porque como ya hemos dicho se ha despedido de los fieles al decir: *Orate fratres*.

Según monseñor Lefebvre el prefacio es una oración de alabanza que nos hace entrar en esta oración de la misa que casi podríamos decir celestial. Hasta ese momento era una preparación pero a partir de aquí lo que empieza es una acción. La Iglesia invita al sacerdote y a los fieles a unirse con él, a elevarse por encima de todas las preocupaciones terrenas y las cosas temporales para concentrarse un poco en un momento de eternidad...

Ese instante es una manifestación tan importante y tan grande de la caridad de Nuestro Señor por nosotros que la Iglesia nos pone en una atmósfera de eternidad.

La Santa Misa (25)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.1 El Prefacio

D.1.1 Los distintos prefacios

D.1.1.1 Prefacio Común

Todos comienzan casi igual, con la misma introducción, porque es una acción de gracias: **En verdad es digno y justo, equitativo y saludable que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor, santo Padre, omnipotente y eterno Dios**, por Cristo nuestro Señor. Por quien los ángeles alaban a tu majestad, las Dominaciones la adoran, tiemblan las Potestades, los Cielos y las Virtudes de los cielos y los bienaventurados Serafines la celebran con igual júbilo. Te rogamos que con sus alabanzas recibas también las nuestras cuando te decimos con humilde confesión: Santo, Santo....

D.1.1.2 Prefacio de Navidad

.....pues por el misterio del verbo, ha brillado a los ojos de nuestra alma un nuevo resplandor de tu gloria, para que, conociendo a Dios bajo una forma visible, seamos atraídos por él al amor de las cosas invisibles. Y por eso con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celestial cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo

D.1.1.3 Prefacio de Epifanía

Pues tu unigénito Hijo, apareciendo en la condición de nuestra mortalidad, nos ha regenerado con la nueva luz de su inmortalidad; y por eso, con los ángeles... cantamos un himno a tu gloria, diciendo sin cesar:

D.1.1.4 Prefacio de Cuaresma

.....que por el ayuno corporal, domas nuestras pasiones, elevas la mente, nos das la virtud y el premio, por Jesucristo nuestro Señor, por quien alaban los ángeles a tu majestad, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades y la celebran con igual júbilo los Cielos, las Virtudes de los Cielos y los bienaventurados Serafines. Te rogamos que con sus voces admitas también las de los que te decimos, con humilde confesión: Santo...

D.1.1.5 Prefacio de la Santa Cruz

.....que pusiste la salvación del género humano en el árbol de la cruz, para que de donde salió la muerte, saliese la vida, y el que en un árbol venció, en un árbol fuese vencido, por Cristo nuestro Señor; por quién alaban los ángeles a tu majestad.....

D.1.1.6 Prefacio de Pascua

En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, que en todo tiempo, Señor, te alabemos: pero con más gloria que nunca en este día (en este tiempo), en que se ha inmolido Cristo, nuestra Pascua. El cual es el verdadero Cordero que quitó los pecados del mundo y que muriendo, destruyó nuestra muerte, y, resucitando, reparó nuestra vida.

Por eso con los Ángeles, cantamos un himno a tu gloria....

D.1.1.7 Prefacio de Ascensión

.... omnipotente y eterno Dios, por Cristo nuestro Señor; el cual, después de su resurrección, se manifestó abiertamente a todos sus discípulos, y subió al cielo en su presencia, con el fin de concedernos el ser partícipes de su divinidad; y por eso.....

D.1.1.8 Prefacio del Sagrado Corazón

.....que quisiste que tu Unigénito pendiente de la cruz, fuese atravesado por la lanza del soldado, para que su Corazón abierto, sagrario de tu divina liberalidad, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia; y pues nunca dejó de arder por nuestro amor, fuese para las almas piadosas lugar de descanso, y refugio de salvación abierto para los penitentes; y por eso ...

D.1.1.9 Prefacio de Cristo Rey

....que ungiste a tu unigénito Hijo y Señor nuestro Jesucristo, sacerdote eterno y rey de todos, con óleo de alegría, para que, ofreciéndose a sí mismo en el ara de la cruz, como víctima pacífica y sin tacha, obrase el misterio de la humana redención, y, una vez sometidas a su imperio todas las criaturas, entregase a tu infinita majestad un reino eterno y universal, reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia de amor y de paz. Y por eso

D.1.1.10 Prefacio del Espíritu Santo

, por Cristo nuestro Señor, el cual subiendo a lo más alto de los cielos, y estando sentado a tu diestra, derramó en este día sobre los hijos de adopción el Espíritu Santo prometido. Por lo cual hoy se regocija el mundo entero con indecibles alegrías. Y aun las Virtudes del cielo, las Potestades angélicas cantan un himno a tu gloria diciendo sin cesar:....

D.1.1.11 Prefacio de la Santísima Trinidad

, que con tu unigénito Hijo y con el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor, no en la individualidad de una sola persona, sino en la trinidad de una sola sustancia. Por lo cual cuanto nos has revelado de tu gloria, lo creemos también de tu Hijo y del Espíritu Santo, sin diferencia ni distinción. De suerte,

que confesando una verdadera y eterna Divinidad, adoramos la propiedad en las personas, la unidad en la esencia y la igualdad en la majestad, la cual alaban los Ángeles y los Arcángeles, los Querubines y los Serafines, que no cesan de cantar a diario, diciendo a una voz:

D.1.1.12 Prefacio de la Santísima Virgen

....y alabarte bendecirte y glorificarte en la (fiesta de que se trate) de la bienaventurada siempre Virgen María, que, habiendo concebido a tu único Hijo por virtud del Espíritu Santo, derramó sobre el mundo, conservando siempre la gloria de su virginidad, la luz eterna, Jesucristo nuestro Señor; por quien alaban los Ángeles a tu majestad,

D.1.1.13 Prefacio de San José

....y glorificarte, bendecirte y ensalzarte con las debidas alabanzas en la festividad (o solemnidad, o veneración) de San José. Este fue el varón justo que diste por esposo a la Virgen, Madre de Dios, y siervo fiel y prudente, puesto sobre tu familia, para que guardase, haciendo las veces de padre, a tu unigénito Jesucristo, Señor nuestro, concebido por obra del Espíritu Santo. Por quien alaban los Ángeles a tu majestad,

D.1.1.14 Prefacio de los Apóstoles

En verdad es digno y justo equitativo y saludable, suplicarte humildemente, Señor, que no desampares, Pastor eterno, tu rebaño, sino que, por tus santos apóstoles, le guardes con tu continua protección, a fin de que le gobiernen los mismos jefes que has establecido por pastores suyos. Y por eso.....cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

D.1.1.15 Prefacio de Difuntos

Por Cristo nuestro Señor. En él brilló para nosotros la esperanza de la resurrección dichosa, para que, al contristarnos la cierta condición de que

hemos de morir, nos consuele la promesa de la futura inmortalidad. Para tus fieles, Señor, la vida se muda, no fenece, y, deshecha la casa de esta terrena morada, se adquiere la eterna habitación en los cielos. Y por eso,

Terminaciones:

Grupo 1: Navidad; Apóstoles Epifanía; Pascua; Ascensión; Sagrado Corazón; Cristo Rey; Difuntos

Grupo 2: Cuaresma; Santa Cruz; Santísima Virgen; San José; Común

Grupo 3: Espíritu Santo

Grupo 4: Santísima Trinidad

La Santa Misa (26)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.1 El Prefacio

D.1.2 El Sanctus

El himno que canta el sacerdote al final del prefacio está en todas las liturgias antiguas, como en la de San Cirilo de Jerusalén. Ya el Papa San Sixto I (115 – 125) ordenó que todo el pueblo cantara este himno junto al sacerdote. San Juan Crisóstomo da por supuesto este uso en varios de sus sermones. San Gregorio de Nisa decía a los catecúmenos: “¡Cómo no os dais prisa para recibir el bautismo y cantar con los fieles lo que cantan los serafines!”

La Iglesia ha tomado prestado este himno al mismo cielo. San Juan nos dice que los santos lo cantarán eternamente (Apoc 4,⁸), e Isaías lo escuchó cantar alternativamente a los serafines (Is.6,³); la Iglesia saca estas palabras literalmente de este profeta.

Apoc. 4,⁸: Los cuatro vivientes, cada uno con 6 alas, están llenos de ojos alrededor y por dentro, y claman día y noche sin cesar, diciendo: “Santo, Santo, Santo el Señor Dios, el Todopoderoso, el que era, y que es, y que viene”.

Isaías 6,¹⁻³: En el año en que murió Ocías, vi al Señor sentado en un trono alto y excelso y las faldas de su vestido llenaban el Templo.

Encima de Él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, con dos los pies, y con dos volaban. Y clamaban unos a otros diciendo: “Santo, Santo, Santo es Yahvé de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria.”

La palabra *Sabaoth* es una de las palabras hebreas que no ha traducido la Iglesia. Sacada de varios lugares de la Escritura es el plural de *Saba*, que

significa ejército; el plural de la Vulgata es exercituum: de los ejércitos. Se llama al Señor Dios de los ejércitos, porque Él es el príncipe de las miríadas de ángeles que forman toda la corte celestial.

La Iglesia canta con alegría este himno de los ángeles para empezar a hacer ya en este mundo lo que espera hacer para siempre en el cielo. Pero el amor que tiene por Jesucristo no le permite separarlo de la alabanza a Jesucristo.

El Sanctus es una especie de adoración que debe acompañarse siempre de una actitud humilde; el *Benedictus* es una aclamación de alegría que se tiene que hacer de pie. La palabra *Hosanna* es otra palabra hebrea que no ha traducido la Iglesia. (Significa salvad ahora y os rogamos que nos salvéis). Eran los gritos de alegría que daban los judíos en la fiesta de los Tabernáculos teniendo en sus manos los ramos y que la multitud gritó al paso de Jesús en su entrada triunfante en Jerusalén (Mt. 21,9; Mc. 11, 8; Lc. 19, 29-40). Es también un reconocimiento de que Nuestro Señor es el Mesías.

Salmo 117, 26: “Bendito el que viene en el nombre del Señor...”

Dice monseñor Lefebvre: ¿Qué es la santidad sustancial sino el Verbo de Dios? Verbum Dei: es el Cordero del Apocalipsis rodeado de los veinticuatro ancianos y de una multitud innumerable de ángeles y de elegidos que cantan: “Santo, Santo, Santo es el Señor Dios”. Se trata del Verbo y del Verbo encarnado.

Si Dios es la santidad misma, si cantamos de Nuestro Señor que Él es el único Santo, Tu solus Sanctus, es porque la fuente de toda santidad viene de Dios, y por eso seremos santos en la medida en que nos unamos a Él y a Nuestro Señor.

Ahora bien, ¿cómo realizar concretamente esta unión con Dios? Bajo la influencia del Espíritu Santo. Esta unión tiene un nombre: la oración, *oratio*.

La Santa Misa (27)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.2 Oraciones antes de la consagración

D.2.1 Te Igitur

La oración de la misa que empieza con el *“Te Igitur”* se llama CANON porque ha sido prescrita como regla que se tiene que seguir al ofrecer el sacrificio de la misa y no se puede cambiar nada de ella. El Concilio de Trento nos recuerda que no hay en ella nada que no eleve la mente a Dios.

Del canon de la misa: “Y siendo conveniente que las cosas santas se manejen santamente; constando ser este sacrificio el más santo de todos; estableció muchos siglos ha la Iglesia católica, para que se ofreciese y recibiese digna y reverentemente, el sagrado Canon, tan limpio de todo error, que nada incluye que no dé a entender en sumo grado, cierta santidad y piedad, y levante a Dios los ánimos de los que sacrifican; porque el canon consta de las mismas palabras del Señor y de las tradiciones de los apóstoles, así como también de los piadosos estatutos de los santos pontífices”.

El sacerdote empieza esta oración levantando las manos al cielo porque se va a dirigir a Dios Padre; baja en seguida los ojos, se inclina en una postura suplicante y besa el altar como señal de respeto y amor.

Durante la oración hace tres señales de cruz sobre los dones.

Oración: *“Te igitur, clementissime Pater, per Jesum Christum Dominum nostrum, supplices rogamus ac petimus, uti accepta habeas, et benedicas haec dona, haec munera, haec sancta sacrificia illibata”*.

“Suplicámoste pues y te pedimos Padre clementísimo, por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, que aceptes y bendigas estos dones, estos presentes, estos santos sacrificios sin mancilla”.

“Haec dona, Haec munera”: Los antiguos autores resaltan la diferencia que hay entre *dona* y *munera*; pues *dona* son los bienes que otorga el rey a su súbdito, mientras que *munera* son los que ofrece el súbdito a su rey (la criatura al Criador). Los dones que están en el altar son al mismo tiempo ambas cosas.

“Haec sancta sacrificia illibata” los dones que se ofrecen se llaman sacrificios santos y sin mancha, en primer lugar porque han sido escogidos y separados de todo uso profano, pero además porque se los considera ya como el futuro Cuerpo y Sangre de Cristo. Se habla en plural (*sacrificia*), tanto por su excelsa dignidad, como por la dualidad de signos sacramentales, que forman un solo sacrificio. Esta oración es un auténtico ofertorio, del cual, el actual no es más que una explicación. Lo mismo aquí que en el ofertorio, el sacerdote ofrece los dones no en lo que tienen de material sino en lo que se van a transubstanciar.

D.2.2 In primis

“In primis quae tibi offerimus pro Ecclesia tua sancta catholica; quam pacificare, custodire adunare et regere digneris toto orbe terrarum: una cum Papa nostro N., et antistite nostro N., et ómnibus orthodoxis, atque catholicae et apostolicae fidei cultoribus”.

“En primer lugar los ofrecemos por tu santa Iglesia católica. Dígnate darle paz, defenderla, mantenerla unida y gobernada por toda la redondez de la tierra, juntamente con tu siervo nuestro Papa N. y nuestro obispo N. y todos los que, fieles a la verdadera doctrina, profesan la fe católica y apostólica.”

“Pro Ecclesia tua sancta catholica”: Dios no puede dejar de proteger a la Iglesia, que es su Esposa; pero quiere que los que la componen muestren el amor que le tienen pidiendo por ella la ayuda que necesita.

“Pacificare”: que la libre de las persecuciones y guerras.

“Custodire”: que la proteja contra los herejes y todos sus enemigos visibles e invisibles.

“Adunare”: que la preserve de los cismas. Esta última petición es una petición indirecta por todos los herejes y cismáticos, pues la Iglesia sólo reza abiertamente por ellos el Viernes Santo, pues tenemos que pedir para que vuelvan otra vez a la Iglesia.

“Regere”: que la libre de toda clase de desórdenes, inspirando a los pastores los mismos sentimientos.

“Una cum fámulo tuo Papa nostro N.” San Pablo nos recomienda rezar por los pastores. En primer lugar se nombra al Papa. Es muy justo que rezando por la unidad de la Iglesia se rece por aquel que es su centro.

La Santa Misa (28)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.2 Oraciones antes de la consagración

D.2.3 El Memento de vivos

En esta oración el sacerdote encomienda a Dios, todas aquellas personas por las cuales ofrece el santo sacrificio, así como a todos los piadosos asistentes.

La oración: *“Memento Domine, famulorum famularumque tuarum N. et N. et ómnium circumstantium, quórum tibi Fides cognita est, et nota devotio, pro quibus tibi offerimus: vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis pro se, suisque ómnibus: pro redemptione animarum suarum, pro spe salutis, et incolumitatis suae: tibi que reddunt vota sua aeterno Deo, vivo et vero”*.

“ Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. y N., y de todos los aquí presentes, cuya fe y devoción te son conocidas, por los cuales te ofrecemos, o ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salvación y conservación; y encomiendan sus deseos a ti, Dios eterno, vivo y verdadero.”

“Memento Domine”: La Iglesia deja al sacerdote que rece por algunas personas en particular. El sacerdote eleva sus manos y las une en seguida después delante del pecho. Esta elevación expresa el deseo de ser oído. Desde el siglo VIII ya no se nombra en voz alta a los bienhechores o de aquellos por los que se dice la misa, sino en silencio, para que no se pueda oír. San Jerónimo ya 4 siglos antes se quejaba de la vanidad de aquellos que daban dones a la Iglesia, por el gusto de escuchar como el diácono mencionaba su nombre.

“Et ómnium circumstatium” Al nombre de los bienhechores se ha añadido el de todos los presentes para que aprovechen igualmente de los frutos de la misa.

“Pro quibus tibi offerimus : vel qui tibi offerunt”: Cuando los asistentes traían los dones que el sacerdote presentaba a Dios en el Ofertorio y la consagración, no se leía *“pro quibus tibi offerimus”*, sino sólo *“qui tibi offerunt”*.

La adición se hizo hacia el año 1000. Después, aunque ya los fieles mismos no traían la materia del sacrificio, se siguió manteniendo esta expresión en el Canon. La Iglesia ha conservado esta expresión en el misal porque es cierto decir que los sacerdotes ofrecen el sacrificio por los fieles y que estos a su vez lo ofrecen por medio del sacerdote.

“Pro se, suisque ómnibus”: No sólo el sacerdote ofrece por todos los fieles que asisten a la misa sino que también por todos los deseos que estos ofrecen a Dios.

Ahora bien deja entrever que son tres las gracias que pide para ellos o ellos mismos piden:

- 1.- ***“Pro redemptione animarum suarum”***: para expiación de sus pecados.
- 2.- ***“Pro spe salutis”***: la perseverancia final y la salvación eterna.
- 3.- ***“Et incolumitatis suae”*** la conservación de su salud; aquí se piden los demás bienes que pueden contribuir al cumplimiento de nuestras obligaciones, en particular la salud del cuerpo.

Monseñor Lefebvre nos enseña que a través de la misa se nos aplican los méritos de la cruz. El Evangelio de San Mateo termina con estas palabras “Ahora yo estaré con vosotros para siempre, hasta el fin del mundo” (Mat. 28, 20)

La Santa Misa (29)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.2 Oraciones antes de la consagración

D.2.4 Communicantes

Antes de empezar esta oración el misal marca “*Infra Actionem*” (Durante, dentro de la acción). El Canon es la acción porque en ella se opera la consagración del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor. La expresión “*infra actionem*” parece que es una nota que advierte que en algunos días del año se deben añadir algunas palabras que hacen referencia a la solemnidad que se celebra. Hay en el misal romano 5 Communicantes propios (Para Navidad , Epifanía, Pascua, Ascensión y Pentecostés).

Oración: “*Communicantes et memoriam venerantes, in primis gloriosae Semper Virginis Mariae, Genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi: sed et beati Joseph eiusdem Virginis Sponsi, et beatorum Apostolorum ac martyrum tuorum, Petri et Pauli, Andreae, Jacobi, Joannis, Thomae, Jacobi, Philippi, Bartholomaei, Matthei, Simonis, et Thaddaei, Lini , Cleti Clementis, Xysti, Cornelii, Cypriani, Laurentii, Joannis et Pauli, Cosme et Damiani, et ómnium sanctorum tuorum; quórum meritis precibusque concedas, ut in ómnibus protectionis tuae muniamur auxilio. Per eundem Christum Dominum nostrum, Amen*”

“Unidos en una misma comunión, veneramos la memoria en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor y también la del bienaventurado José, Esposo de la misma Virgen, y la de tus bienaventurados apóstoles y mártires, Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón, Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián y la de todos tus santos; por cuyos méritos y ruegos te suplicamos

nos concedas que en todas las cosas nos defienda el auxilio de tu protección. Por el mismo Cristo, Señor nuestro. Amén.”

Esta oración expresa la comunión con los santos del cielo, en cuyos méritos se confía alcanzar mejor los frutos de la misa.

“In primis gloriosae Semper Virginis Mariae”: Todas la liturgias tanto de oriente como de Occidente, han hecho memoria de la Santísima Virgen, con expresiones que denotan la admiración que sienten por Ella:

“Gloriosae”: por la gran gloria que Dios ha hecho brillar en Ella, pudiéndosele aplicar aquello que Isaías dijo de la nueva Jerusalén: *“gloria eius in te videbitur”* (Is 60,2)

“Semper virginis”: la única que será siempre virgen siendo al mismo tiempo Madre de Dios.

“Genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi”: el más hermoso título que se le pueda dar.

“Et beati Joseph eiusdem Virginis Sponsi” Conmemoración introducida por Juan XXIII, a partir del día de la Inmaculada de 1962. (El Canon permaneció intocado durante 1500 años, desde San Gregorio Magno)

“Et beatorum Apostolorum ac Martyrum tuorum”: Aquí aparecen los nombres de los 12 apóstoles. Cabe resaltar que el nombre de San Pablo aparece unido al de San Pedro, pues ambos fueron los fundadores de la Iglesia de Roma. Además el nombre de San Pablo completa el número de 12, dejando la conmemoración de San Matías para después de la consagración.

Siguen los nombres de 12 mártires, celebrados especialmente en Roma:

San Lino, San Cleto y San Clemente, primeros sucesores de San Pedro.

San Sixto (115 – 125) y San Cornelio (251 – 253), otros 2 papas mártires.

San Cipriano, el gran obispo de Cartago;

San Lorenzo, diácono de Roma;

San Crisógono, ilustre seglar martirizado cerca de Aquileya bajo Diocleciano;

Santos Juan y Pablo, dos hermanos romanos que fueron martirizados bajo Juliano el apóstata.

Santos Cosme y Damián, otros dos santos hermanos médicos, martirizados en Roma bajo los emperadores Carino y Numeriano.

“Et ómnium sanctorum tuorum”: Por último, de todos los santos en general,
*“quórum meritis precibusque concedas , ut in ómnibus protectionis tuae
muniamur auxilio”*

La Santa Misa (30)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.2 Oraciones antes de la consagración

D.2.5 Hanc igitur

Oración: *“Hanc igitur oblationem servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae, quaesumus, Domine, ut placatus accipias: diesque nostros in tua pace disponas, atque ab aeterna damnatione nos eripi, et in electorum tuorum jubeas grege numerari. Per Christum Dominum nostrum. Amen”*

“Te suplicamos, pues Señor, te dignes aceptar aplacado esta oblación de tus siervos, que es también la de toda tu familia. Dispón en tu paz los días de nuestra vida, y manda que seamos preservados de la eterna condenación, y contados en la grey de tus elegidos. Por Cristo nuestro Señor. Amen”

Las oraciones que preceden, expresan los tres primeros fines del sacrificio: la adoración, la acción de gracias y la impetración; por lo que mientras las reza, permanece el sacerdote con las manos levantadas hacia el cielo. Ahora las extiende sobre la materia del sacrificio, como se hacía en la antigua ley en el sacrificio propiciatorio y en el expiatorio solemne. Ruega a Dios por la expiación, que es el cuarto fin del sacrificio.

Hasta el siglo XV el sacerdote seguía teniendo las manos elevadas durante esta oración, pero hacia esa época las rúbricas de varios misales de distintos países señalan que el sacerdote extiende las manos sobre la hostia y el cáliz.

Hay un claro paralelismo con la actitud de los sacerdotes del Antiguo Testamento, que en el sacrificio de la expiación imponían sus manos sobre la víctima, dando a entender que esa víctima era la que se ponía en el lugar de uno mismo para que sufriese la muerte merecida por los pecados personales. (Lev 16, 20 – 21)

Después que el sacerdote le ha dicho a Dios que ofrece este sacrificio en unión de toda la Iglesia, tanto de la tierra como la del cielo, aquí le expresa que esta unión es la que le da confianza en su divina bondad y que por lo tanto, espera que lo recibirá favorablemente *“Hanc igitur oblationem..quaesumus ...ut placatus accipias”*

“Servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae”: El sacerdote, al ofrecer el sacrificio, siempre señala que no sólo es algo personal, sino que es una acción de toda la Iglesia. Con todo, nunca se pone en pie de igualdad con los fieles, sino que siempre se distingue de ellos, poniéndose él, en primer lugar.

Esta oblación es, pues, de toda la Iglesia o miembros de Jesucristo, pero más en particular del sacerdote y de los fieles que asisten y la ofrecen junto con él.

Pide a Dios que acepte el sacrificio con 3 finalidades, que agregó San Gregorio Magno:

- 1.- *“Diesque nostros in tua pace disponas”*: que nos haga vivir en paz durante nuestra vida; esta paz es una consecuencia de nuestra reconciliación con Él.
- 2.- *“Ab aeterna damnatione nos eripi”*: que nos preserve del peor de los males, del único mal, la condenación eterna.
- 3.- *“Et in electorum tuorum jubeas grege numerari”*: que tenga a bien que seamos del número de los elegidos. Le pedimos que nos haga caminar por la senda de los elegidos.

Santo Tomás

Acerca de la consagración que se hace por virtud sobrenatural.

- a) Primero se excita el pueblo a la devoción en el prefacio, por lo que se hace la elevación del corazón: *Sursum corda*, para que los corazones estén con el Señor. Y por eso terminado el prefacio, el pueblo con devoción alaba la divinidad de Cristo junto con los ángeles diciendo

Sanctus, Sanctus, Sanctus; y luego la humanidad junto con los niños, diciendo *benedictus qui venit*.

b) Después el sacerdote conmemora en silencio.

Primero por aquellos por quienes se ofrece el sacrificio, es decir, por la Iglesia universal y por aquellos que están constituidos en dignidad; y especialmente por los que ofrecen y por los que es ofrecido el sacrificio.

En segundo lugar conmemora a los santos cuyo patrocinio implora, cuando dice *Communicantes et memoriam venerantes*, etc.

En tercer lugar concluye la petición cuando dice *Hanc igitur oblationem* etc., para que sea saludable la oblación para aquellos por quienes se ofrece.

La Santa Misa (31)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.2 Oraciones antes de la consagración

D.2.6 Quam oblationem

Oración: *“Quam oblationem tu, Deus, in ómnibus quaesumus, benedictam, adscriptam, ratam, rationabilem, acceptabilemque facere digneris: ut nobis corpus, et Sanguis fiat dilectissimi Filii tui Domini nostri Jesu Christi”*.

“La cual oblación te suplicamos ¡oh Dios! Te dignes hacerla en todo bendita, aprobada, confirmada, razonable y agradable, a fin de que se convierta para nosotros en el cuerpo y sangre de tu amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo”

Para entender bien el sentido de esta oración hay que tener en cuenta que la Iglesia considera aquí no sólo la oblación que va a inmolar, sino también la oblación como acción, es decir, como obra del sacerdote y de los fieles, y por eso pide que esa acción sea provechosa para ellos.

“Benedictam”: que derrame su bendición sobre la oblación, obrando la transubstanciación, de modo que la víctima del altar se vuelva una víctima divina, colmada de todas las bendiciones celestiales: *“in ómnibus”*.

“Adscriptam”: es decir, admitida: que Dios no la rechace.

“Ratam”: es decir, ratificada, para que sea permanente e irrevocable, que se vuelva la víctima que jamás cambiará otra vez.

“Rationabilem”: que la hostia que está sobre el altar se vuelva una víctima humana, la única digna de reconciliarnos con Dios.”: que sea agradable.

Aunque son 5 las cosas que pide el sacerdote, solo hace 3 signos de cruz, pues la Iglesia suele reducir el número de cruces a 3 a causa de las tres

Personas de la Santísima Trinidad. Durante la oración el sacerdote hace 3 signos de cruz al mismo tiempo sobre el cáliz y la hostia. Luego hace un signo de cruz sobre la hostia y otro sobre el cáliz, pidiendo que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Esto porque la Iglesia pide siempre la gracia a través de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. El sacerdote pide a Dios que se digne bendecir y tener por aceptable la oblación. Hace en total 5 cruces que recuerdan según San Buenaventura, los tormentos que Jesucristo padeció en los cinco sentidos durante su Pasión.

“Ut nobis.... fiat”: No sólo pedimos que esta oblación se convierta en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, sino que se convierta en eso para nosotros (en provecho nuestro), es decir, que realmente nos comunique los dones que Jesucristo mereció por el sacrificio de su Cuerpo y Sangre, el perdón de nuestros pecados y las gracias que necesitamos para salvarnos. (estas palabras se parecen a aquellas del profeta Isaías : “Puer natus es nobis”:, es decir, que ha nacido para nuestra salvación.

Santo Tomás

Acerca de la consagración que se hace por virtud sobrenatural

c) Después entra en la consagración misma

Primero pide el efecto de la consagración cuando dice “Quam oblationem tu Deus”

La Santa Misa (32)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.3 La consagración

Se realiza la consagración con las palabras del Salvador.

Aquí se interrumpen las oraciones y las súplicas. Esta es propiamente la acción sacrificial, la inmolación de la divina Víctima. El contraste entre las oraciones que preceden y las que siguen a esta parte es notable.

D.3.1 Qui pridie

Oración: *“Qui pridie quam pateretur, accepit panem in sanctas ac venerabiles manus suas, et elevatis oculis in caelum ad te Deum Patrem suum omnipotentem, tibi gratias agens, benedixit, fregit, deditque discipulis suis, dicens: Accipite, et manducate ex hoc omnes.”*

“HOC EST ENIM CORPUS MEUM”

“ El cual la víspera de su Pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos, y levantando sus ojos al cielo, a ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dio gracias, lo bendijo, lo partió y lo ofreció a sus discípulos diciendo: Tomad y comed todos de él.”

“Porque esto es mi cuerpo”

Aquí es importante hacer notar que la palabra esto tiene su importancia, ya que el significado es: “Esto que tiene apariencia de pan, en realidad es mi cuerpo”

Las acciones del sacerdote responden a las palabras que pronuncia, e imita – en cuanto se puede las acciones mismas de Cristo, que dijo a sus apóstoles: “Haced esto...” Por eso cuando dice *“accepit”* toma la hostia; al decir

“elevatis oculis” levanta sus ojos; y cuando dice *“gratias agens”* inclina la cabeza.

Antes de pronunciar lo anterior el sacerdote pasa sus dedos sobre el extremo del corporal para secar la humedad que pudiera tener en los dedos.

“In sanctas ac venerabiles manus suas”: Estas palabras no están en los evangelios, pero sí en las liturgias de Santiago (o de Jerusalén), San Basilio, San Juan Crisóstomo y las Constituciones Apostólicas (Colección dividida en 8 libros, que contiene 255 canones atribuida a los apóstoles).

“Elevatis oculis in caelum ad te Deum Patrem suum omnipotentem”: Tampoco estas palabras están en el Evangelio, pero sí en la liturgia de Santiago y las Constituciones Apostólicas. No todo está escrito en el Evangelio, hay cosas que sabemos por tradición. ***“Tibi gratias agens”***: Los evangelistas sólo nos dicen que Jesús dio gracias cuando lo vinculan con un milagro muy importante, como el de la multiplicación de los panes, o el de la multiplicación de los panes y peces, y la resurrección de Lázaro.

“Fregit”: El pan ázimo era tan delgado que no se necesitaba un cuchillo para fraccionarlo. ***“Manducate”***: la Eucaristía fue instituida como sacrificio al que hay que participar y como sacramento que nos tiene que alimentar.

“Ex hoc omnes”: Tampoco estas palabras están en el Evangelio, pero nos las ha conservado la Tradición.

“Hoc est enim”: la palabra enim (pues, efectivamente, realmente) tampoco está en el evangelio, pero se pone para continuación de las palabras precedentes. Además tiene un matiz de énfasis como adverbio de est (esto es efectivamente mi cuerpo). Viene del apóstol San Pedro.

La palabra hoc significa: “esto, contenido bajo las especies” es decir, la sustancia, es mi cuerpo. Se entiende del final de la frase. ¿Por qué este pronombre indeterminado? Porque no se entiende ni el término *a quo* ni el *ad quem*, sino lo común a ambos. Sino, podría decir *Corpus meum est corpus meum*, cosa que sería verdadera antes de pronunciarla.

La fórmula sacramental considera la conversión como realizada. Es instantánea y por eso no se dice *sit (sea)*, ni *Hic panis (Este pan) est corpus meum*. Hecha la conversión no permanece nada de la sustancia del pan.

La Santa Misa (33)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.3 La Consagración

D.3.2 La adoración de la hostia

La Sagrada Eucaristía se ha adorado siempre y en todas partes. Como dice San Agustín: *“Nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit”* (Nadie come de esa carne si no la adoró). Por eso apenas el sacerdote ha consagrado, hace una genuflexión para adorarla. Esto fue cambiado en el Novus Ordo (la misa nueva), ahora el sacerdote adora después de la elevación, cuando el pueblo por la fe, ha ratificado la presencia de Cristo en la hostia. ¿De qué presencia se trata en la misa nueva? No lo sabemos.

D.3.3 La elevación

En el rito latino, la elevación y adoración de la Eucaristía, no siempre se han hecho del mismo modo. Hasta el siglo XII, la única elevación era la del final del canon. Pero desde las primeras palabras de éste, el clero permanecía inclinado adorando a la divina majestad.

En este siglo, debido a la herejía de Berengario de Tours (muerto en 1088) que se atrevió a blasfemar contra la Sagrada Eucaristía, se instituyó la elevación en seguida después de la consagración. Hildeberto, arzobispo de Tours fue el primero en hacerlo.

El sacerdote hace la elevación, a fin de que el sacramento sea adorado por los fieles.

Hacia el 1045, Berengario dio las primeras señales de sus heréticas opiniones sobre la Eucaristía. Era presuntuoso y ligero, y tenía un espíritu frívolo, donde sus adversarios esperaban una demostración seria, oían de su boca solamente la injuria o el desprecio, su tono tan arrogante como extravagante

su doctrina. El Soberano Pontífice (*Pontifex*) bajo su pluma no se llama sino *Pompifex, pulpifex*, la Iglesia romana, el consejo de la vanidad, la sinagoga de los malvados, la silla de Satanás. Además de la cuestión de la Eucaristía, Berengario se pronunciaba contra las leyes relativas al matrimonio y al bautismo de los niños. En 1047 fue nombrado Eusebio Bruno como obispo de Angers, quien apoyó al heresiarca. Tuvo gran apoyo en Francia de los obispos y del bajo clero. (razones políticas?) También hubo dinero de por medio. El rey Enrique I, lo apoyaba. Cuando el rey ya no lo sostuvo, rápidamente se debilitó la herejía. Hasta Bruno en 1064 le dirigió una carta regañándolo.

Su herejía consistía en decir que la sustancia del pan y el vino no cambian. Es decir, negaba la transubstanciación. Pero admitía una presencia de Cristo. Se trata de la doctrina de la impanación. (Aunque una corriente de sus partidarios no reconocía más que sombras y figuras del cuerpo y la sangre) Había también alguno que decían que el pan y el vino se cambian en parte y en parte no. Por último estaban los que decían que el pan y el vino cambian completamente, pero que si los indignos se acercaban para recibirlo, el cuerpo y la sangre volvían a ser el pan y vino de antes. Lutero luego tomó la doctrina de la impanación. Sólo que Lutero, enseña que es la fe de los creyentes la que opera la impanación, cosa que no enseñaba Berengario. Sólo los espirituales pueden gustar del cuerpo de Cristo.(Calvino?) La sumpción de Cristo es puramente espiritual, el cuerpo de Cristo está en el cielo. Es el espíritu del que comulga, que se eleva hacia el cuerpo de Cristo que está en los cielos. El Papa León IX lo excomulgó. En 1054 se retractó ante el legado del Papa Hildebrando en Tours (la Iglesia siempre le dio oportunidad de hacerlo). Pero siguió enseñando sus errores. En 1059 Nicolás II convocó otro concilio en Roma al cual concurrieron 113 obispos. Nuevamente se retractó Berengario. Pero nuevamente continuó en su error. Fue condenado nuevamente en Angers 1062, Rouen 1063, San Mavencio 1075, Poitiers 1076. Gregorio VII lo llamó de nuevo a un concilio en Roma en 1078. Nuevamente declaró que después de la consagración, el pan y el vino son el verdadero cuerpo de Jesucristo.

“Profiteor panem altaris, post consecrationem, esse verum corpus Christi, quod natum est de Virgine, quod passum est in cruce, quod sedet ad dexteram Patris; et vinum altaris, postquam consecratum est, esse verum sanguinem, qui manavit de latere Christi. Et sicut ore pronuntio, ita me corde habere confirmo, sic me adjuvet Deus et haec sacra.”

Pero solo fue una máscara para seguir propagando su herejía. En otro concilio en Roma (1079) suscribió una fórmula más precisa:

“Yo Berengario creo de corazón y reconozco de boca que el pan y el vino que hay en el altar, se convierten por el misterio de la oración, y en virtud de las palabras de nuestro Salvador, sustancialmente, en carne verdadera propia y viva y en sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que después de la consagración son el verdadero cuerpo de Jesucristo, que nació de la Virgen, fue ofrecido y puesto en la Cruz, por la salvación del mundo, está sentado a la derecha del Padre, y es la verdadera sangre de Jesucristo que corrió de su costado, y esto no como signo y virtud del sacramento, sino por la propia naturaleza y verdad de la substancia. Tal es mi fe y jamás enseñaré nada contra esta fe, ayudándome Dios y su Santo Evangelio.”

En 1080 hizo una nueva profesión de fe. Murió reconciliado con la Iglesia en la isla de Côme cerca de Tours, después de una larga penitencia exclamando: “Hoy día de su manifestación, Jesucristo, mi señor, aparecerá por mi salvación, como espero, a causa de mi penitencia, y temo por la pérdida de muchos a quienes con mi doctrina he extraviado.”

Uno de los primeros que estableció este uso fue el arzobispo de Tours, Hildeberto, que había favorecido anteriormente el error de Berengario. Después se extendió casi universalmente. (El toque de campanas también se introdujo en este tiempo. Yvo de Chartres (muerto en 1115) le dio gracias a la reina Matilde de Inglaterra por haber regalado unas campanas a la Catedral de Chartres para ser tocadas durante la consagración.

En las liturgias griegas antiguas y nuevas, la única elevación que existe es en el momento de la comunión. Los antiguos autores, nos dicen que esta

ceremonia era muy solemne: se abrían las puertas santas, se corría la cortina que escondía el santuario desde el principio del canon y el sacerdote presentaba los sagrados misterios a la adoración de los fieles.

La Santa Misa (34)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.3 La Consagración

D.3.4 La consagración del cáliz

La oración “*Simili modo*” es como sigue: “*Simili modo postquam coenatum est, accipiens et hunc preclarum Calicem in sanctas ac venerabiles manus suas: ítem tibi gratias agens, benedixit, deditque discipulis suis, dicens: Accipite et bibite ex eo omnes*”.

“HIC EST ENIM CALIX SANGUINIS MEI, NOVI ET AETERNI TESTAMENTI: MYSTERIUM FIDEI: QUI PRO VOBIS ET PRO MULTIS EFFUNDETUR IN REMISSIONEM PECCATORUM”

“ De un modo semejante, acabada la cena, tomó el precioso cáliz en sus santas y venerables manos, te dio igualmente gracias, lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él.”

“Porque éste es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento – misterio de fe – que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados”

“*Postquam caenatum est*”: Es importante notar que Jesús tomó la copa después de cenar, por lo que se trataría de la copa de acción de gracias, que se convirtió en la verdadera copa de acción de gracias, puesto que al contener la sangre adorable de Cristo, se ofrece junto con su cuerpo en el sacrificio más excelente que le podamos ofrecer a Dios hasta el fin de los siglos.

“*Accipiens et hunc praeclarum Calicem*”: claro indicio de que estas palabras nos vienen de San Pedro, pues se refiere a “este precioso cáliz”, y no a “un precioso cáliz”.

“Deditque... Accipite et bibite ex eo omnes”: La Iglesia ha visto en estas palabras un precepto: todos los sacerdotes que celebran están obligados a comulgar bajo las dos especies. Los demás sacerdotes o los fieles no.

San Pablo nos señala la diferencia entre el que sacrifica y los demás asistentes, pues cuando habla del sacrificio une las palabras del cáliz a las del pan: “Cada vez que comáis este pan y bebáis este cáliz anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga”; pero al hablar sólo de la comunión pone el Cuerpo y la Sangre como dos alternativas, comer o beber: “Todo el que coma o beba el cáliz del Señor indignamente...”. La razón es muy clara, porque se comulga tanto al comer como al beber, y si se reciben indignamente uno u otro, se es igualmente culpable.

En todos los siglos hay ejemplos de que siempre se llevó a los enfermos o ausentes, sólo la especie del pan.

La Iglesia ha declarado siempre que la comunión bajo las dos especies no es obligatoria para los que ofrecen el sacrificio, pero que es absolutamente obligatoria para el celebrante.

La Santa Misa (35)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.3. La Consagración

D.3.4 La consagración del cáliz (continuación)

“HIC EST ENIM CALIX SANGUINIS MEI, NOVI ET AETERNI TESTAMENTI: MYSTERIUM FIDEI: QUI PRO VOBIS ET PRO MULTIS EFFUNDETUR IN REMISSIONEM PECCATORUM”

“Hic est enim calix...”: Es la sangre del Nuevo Testamento que tiene que ser eterno.

“Novi et aeterni Testamenti...”: La Antigua alianza sólo tenía que durar un tiempo. La sangre de la primera Alianza, sólo era una figura y por eso no producía más que una pureza exterior. La sangre de la Nueva - que además de ser Alianza, es “testamento”, pues se produce por la muerte del testador – es la fuente de la pureza interior, real y verdadera.

La antigua Alianza es la que se selló entre Dios y los hombres en el Sinaí, por medio del ministerio de Moisés, que fue el mediador. Dios les dio los preceptos de su ley y prometió que los miraría como a su pueblo elegido y separado de los demás si cumplían estos preceptos; ellos prometieron que serían fieles. Moisés tomó entonces la sangre de las víctimas y la roció entre el pueblo diciéndoles: “Esta es la sangre de la Alianza que el Señor ha sellado con vosotros”.

El Nuevo Testamento – Alianza se sella con la efusión de sangre, pero no de toros ni becerros, sino de Cristo. Al instituir la misa, lo que hizo Cristo, fue una efusión de sangre auténtica, aunque sacramental. Era signo eficaz de la efusión física que iba a tener lugar en el Calvario.

Jesucristo hace su Alianza después de haber comido el cordero pascual, es decir, después de haber realizado todas las figuras.

El Testamento de Cristo, al mismo tiempo que Nuevo, es eterno, según la expresión de San Pablo. Alianza eterna, porque nunca jamás será cambiada, tal como habían predicho los profetas. Jesús la sella dejando a su Iglesia – en la persona de los Apóstoles – su Carne y su Sangre, con la potestad y el deber de renovar este mismo acto todos los días hasta el fin de los siglos.

“*Mysterium Fidei...*” “: Estas dos palabras no están en el Evangelio, cosa que no debe sorprendernos, pues los evangelistas no escribieron todo. Ya hemos visto cómo la Tradición señala varias circunstancias de lo que hizo Cristo: “*elevatis oculis in caelum... aeterni..*” y aquí el *mysterium fidei* que no están en el Evangelio. Pero estas palabras se hallan en los sacramentarios más antiguos.

La palabra *mysterium fidei*, significa “secreto”. San Pablo lo toma en este sentido cuando habla del “misterio de la fe”, o del “misterio de Jesucristo que no fue conocido por otras generaciones” (Ef 3, 4-5). El misterio más grande de todos y el secreto de la fe es que la Sangre de todo un Dios se ha derramado para la salvación del mundo.

Este misterio encierra todas las demás verdades: que todos los hombres siendo pecadores, deberían ser inmolados a la justicia de Dios; que los pecados no se perdonan sin la efusión de sangre; que la sangre de los pecadores no podía ser ofrecida a Dios y que desde Abel se sustituía por la de animales: “es imposible que la sangre de toros y machos cabríos borre pecados” (Heb, 10, 4). Por eso hacía falta la sangre de un Dios hecho hombre: este es el gran misterio. “Habeis sido redimidos no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos, a causa de vosotros” (1 Ped I 19 – 20). La Sangre de Cristo contenida en el cáliz es el misterio de fe por excelencia.

“Qui pro vobis et pro multis effundetur..” El Salvador nos dice que va a derramar su Sangre: 1° Por los Apóstoles; 2° por todos los que debían creer y convertirse por su predicación: *“pro multis”*.

La Santa Misa (36)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.3 La Consagración

D.3.5 La Adoración del Cáliz

Después de haber consagrado la preciosísima Sangre, el sacerdote pronuncia las palabras siguientes:

“Haec quotiescumque feceritis...”: Jesucristo ha dado a los sacerdotes el poder de hacer lo mismo que Él. Tienen que tomar pan y vino para hacer sobre ellos lo mismo que Él: *“hoc facite”*.

Estas palabras según el Ordo Romano XIV, se decían después de la elevación, pero desde fines del siglo XV en Roma se empezaron a decir antes de la elevación.

En la consagración el sacerdote actúa *“in persona Christi”*.

La elevación

Aunque como ya se ha comentado, la elevación de la Hostia se hizo a partir del siglo XII para contrarrestar la herejía de Berengario, sin embargo, la elevación del Cáliz sólo se generalizó a partir del siglo XV. La razón parece ser que los fieles se postraban desde que veían la Sagrada Hostia y permanecían así durante toda la consagración. Así lo sigue mandando el rito cartujo.

Genuflexiones

Aunque podría llamar la atención el número tan frecuente de genuflexiones que hay en el rito romano después de la consagración, este es uno de los signos más expresivos de la veneración por el Santísimo Sacramento.

La Santa Misa (37)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.4 Las oraciones después de la consagración

Son 6 las oraciones después de la consagración (mismo número que antes de la consagración). Las tres primeras son propiamente para ofrecer la víctima a Dios de parte de la Iglesia.

D.4.1 Unde et memores

Oración: “ *Unde et memores, Domine, nos servi tui sed et plebs tua sancta, eiusdem Christi Filii tui Domini nostri tam beatae Passionis, nec non et ab inferis Resurrectionis, sed et in coelos gloriosae Ascensionis: offerimus praeclarae maiestati tuae de tuis donis ac datis, hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam, Panem sanctum vitae aeternae, et Calicem salutis perpetuae*”.

“Por esto, recordando, Señor, nosotros siervos tuyos, y también tu pueblo santo, la bienaventurada Pasión del mismo Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, y su Resurrección de entre los muertos, como también su gloriosa Ascensión a los cielos: ofrecemos a tu excelsa Majestad, de tus mismos dones y dádivas, la Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada; el Pan santo de la vida eterna y el Cáliz de perpetua salvación.”

Signos de cruz

Hay que distinguir bien los signos de cruz que se hacen antes de la consagración de los que se hacen después. Los que preceden se hacen para atraer gracias o para señalar que se espera recibirlas por medio de los méritos de la cruz de Cristo, por lo que están vinculados con las palabras que expresan las gracias esperadas. Después de la consagración no aparece

ninguna palabra que exprese bendición; ya todo está bendito. Estos signos sobre los dones del altar únicamente son indicativos del cuerpo mismo de Cristo. La Iglesia quiere que todas las palabras que designan el Cuerpo o la Sangre de Cristo vayan siempre acompañadas de un signo de cruz, que muestra que la hostia y el contenido del cáliz son el Cuerpo que fue clavado en la Cruz y su sangre derramada.

“Unde et memores...”: El sacerdote sigue dirigiéndose a Dios Padre como antes de la consagración. Muestra a Dios que lo que está haciendo es para obedecer a Jesucristo mismo y que por eso ofrece a la divina majestad la víctima digna de ella en memoria de lo que hizo Jesús. (*“haec quotiescumque ... in memoriam facietis”*)

“Nos servi tui”: Esta oración está en plural porque en los primeros siglos solía haber una sola misa, a la que asistía todo el clero y fieles. “Pero también tu pueblo santo”: Los sacerdotes hablan siempre de sí mismos con gran humildad (*servi*) y de los fieles con mucho respeto (*plebs sancta*).

“Tam beatae passionis”: La Pasión de Cristo se expresa en el altar por la separación de su Cuerpo y de su Sangre consagrados por separado. La misa es el sacrificio incruento de Cristo “que hace manifiesto el sacrificio de nuestro Redentor con señales exteriores, que son símbolos de muerte.... Y la separación de los símbolos indica que Jesucristo está en estado de víctima”.

“Necnon et”: Pero esta separación sólo es mística; Jesucristo está realmente vivo bajo cada uno de los símbolos de pan y vino. No podemos pues celebrar el misterio de su muerte sin recordar igualmente su resurrección.

“Sed et...” : La Ascensión de Cristo es como la consumación del sacrificio que ofreció a su Padre. Habiendo subido al cielo, está sentado a la diestra del Padre. El texto distingue cuidadosamente los tres misterios, destacando que el que se recuerda primeramente es la Pasión de Cristo y los otros dos por vía de consecuencia.

“Offerimus praeclarae maiestati tuae”: Cristo se ofrece como cabeza de la Iglesia, es decir unido a todos sus miembros. Es una oblación para gloria de la Santísima Trinidad y para bien de toda la Iglesia.

“Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam”: El sacerdote traza un total de 5 signos de cruz sobre el sacrificio. Los tres primeros se hacen sobre ambas especies, lo que señala que ambas especies forman una única Hostia. Los otros 2 se hacen en segundo lugar y separadamente sobre el Cuerpo y la Sangre, refiriéndose a ellos como *“Panem Sanctum vitae aeternae”* y *“Calicem salutis perpetuae”*, pues la Sagrada Eucaristía se da como alimento en cuanto participación de la Hostia inmolada.

La Santa Misa (38)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.4 Las oraciones después de la consagración

D.4.2 Supra Quae

Oración: “ *Supra quae propitio ac sereno vultu respicere digneris; et accepta habere, sicuti accepta habere dignatus es munera pueri tui justī Abel, et sacrificium Patriarchae nostri Abrahāe: et quod tibi obtulit summus sacerdos tuus Melchisedec, sanctum sacrificium, immaculatam hostiam*”.

“Sobre los cuales dínate Señor, mirar con rostro propicio y sereno, y aceptarlos, como te dignaste aceptar los dones de tu siervo, el justo Abel, y el sacrificio de nuestro patriarca Abrahán; y el que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedec: sacrificio santo, hostia inmaculada.”

Si Dios aceptó los sacrificios del Antiguo Testamento, figuras tan sólo del sacrificio del Calvario, con mayor razón aceptará el del altar.

“Supra quae”

El don que está sobre el altar es el objeto de la complacencia del Padre eterno; por sí mismo no puede sino ser recibido con complacencia, pero de hecho lo ofrecen manos de hombres pecadores: de ahí la necesidad de la súplica. La súplica se dirige a Dios: que no nos separe del ofrecimiento de la víctima que le ofrecemos en el altar.

“Et accepta habere sicut”: Se mencionan tres santos patriarcas del Antiguo Testamento. Los tres fueron muy agradables a Dios y las santas disposiciones con que hicieron sus oblaciones las hicieron muy agradables a sus ojos. (Los

antiguos sacrificios eran agradables a Dios, en cuanto que representaban al del Divino Salvador, se ofrecía a Jesucristo en figura)

1° El sacrificio de Abel: Este santo patriarca ofrecía los primogénitos de su rebaño, expresando así la oblación de Jesucristo, primogénito por excelencia. La Iglesia señala que Abel fue muy agradable a Dios llamándolo: justo y siervo.

2° El sacrificio de Abraham: aquí la Iglesia sólo considera el sacrificio de su hijo único Isaac. Isaac inmolado sin perder su vida, era figura de Cristo muriendo para volver a tomar una vida nueva.

3° El sacrificio de Melquisedec: Este patriarca se distingue de los demás, por su calidad de sumo sacerdote. Ofrecía pan y vino, por lo que su sacerdocio se conforma con el de Cristo. Ofrecía algo más que una figura de Cristo, puesto que este ha sido constituido sacerdote eterno según el orden de aquel. “Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedec” (Sal 109, 4; Heb 7, 19)

“Sanctum sacrificium, immaculatam hostiam”: Fue San León Magno (440 - 461) quien añadió estas palabras que destacan este sacrificio por encima de todos los de la antigua ley. Esto por dos motivos. 1° porque este sacrificio fue diferente de todos los demás. Primero porque no tenía ninguna señal de pecado. Segundo porque no destruyó nada material, sino que todo lo sacrificado iba a servir para uso de los hombres, figurando así perfectamente la misa. 2° porque no es sólo uno de los sacrificios figurativos del de Cristo, sino que es el sacrificio mismo que, por decirlo de algún modo, Cristo continuó, puesto que la materia de este sacrificio se continúa en el ejercicio de su sacerdocio.

Por lo tanto, es razonable pedir que Dios mire favorablemente nuestro sacrificio, como miró el de Abel, Abraham y Melquisedec, no sólo porque estos fueron figura del de Cristo, sino también a causa de los grandes sentimientos de fe y de amor que los acompañaron.

La Santa Misa (39)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.4 Las oraciones después de la consagración

D.4.3 Supplices te rogamus

Oración: “*Supplices te rogamus, omnipotens Deus, jube haec perferri per manus sancti angeli tui in sublime altare tuum, in conspectu divinae majestatis tuae: ut quotquot ex hac altaris participatione sacrosanctum Filii tui Corpus, et Sanguinem sumpserimus, omni benedictione caelesti et gratia repleamur. Per Christum Dominum nostrum. Amen*”.

“Suplicantes te rogamus, omnipotente Dios, mandes que estas cosas (dones) sean llevadas por manos de tu santo Ángel a tu sublime altar, ante la presencia de tu divina majestad, para que cuantos participando de este altar, recibamos el sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda bendición y gracia celestial. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén”

El sacerdote se inclina profundamente, como conviene a los que suplican. El sacerdote apoya sus manos en el altar, otra expresión más de súplica. Todo esto recalca la importancia de la oración.

Santo Tomás de Aquino nos explica que esta oración es el ofrecimiento del sacrificio por parte de la Iglesia.

“*Supplices te rogamus*”

La Iglesia hace esta oración en nombre de todos los que van a comulgar. Claramente se nos enseña aquí que la comunión es una participación a la víctima inmolada “*ex hac altaris participatione*”

“*Per manus sancti Angeli tui*”: El Ángel por excelencia, el santo Ángel de Dios, el Ángel del gran consejo, el Ángel del Testamento, es Jesucristo

Nuestro Señor. La Iglesia, por respeto designa aquí al propio Cristo con la palabra Ángel, que significa enviado. Jesucristo es el enviado por excelencia. Dice monseñor Lefebvre, que en la misa Jesucristo se convierte en el mensajero ante su Padre para que derrame sus gracias sobre nosotros. Desde que Jesucristo está sobre el altar, no puede sino orar por nosotros a su Padre, para que nos conceda todas las bendiciones que necesitamos. Nuestro Señor viene hasta nuestros altares por nosotros, no por Él. Al asistir entonces a la misa, recibimos muchas gracias, aun si no comulgamos. Esta es la razón por la que la Iglesia pide que asistamos a la santa misa al menos los domingos. Es mucho más exigente la Iglesia con la misa que con la comunión.

“In sublime altare tuum”: El altar del cielo, considerado como el trono de la divina majestad. El fruto del Cuerpo y la sangre de Cristo se presenta ante la divina majestad como un perfume de agradable olor.

La Santa Misa (40)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.4 Las oraciones después de la consagración

D.4.4 Memento etiam

Oración: *“Memento etiam Domine, famulorum famularumque tuarum N. et N. qui nos praecesserunt cum signo fidei et dormiunt in somno pacis. Ipsis, Domine, et ómnibus in Christo quiescentibus, locum refrigerii, lucis et pacis, ut indulgeas, deprecamur. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen”.*

“Acuérdate también Señor de tus siervos y siervas N. y N. que nos precedieron con la señal de la fe, y duermen en el sueño de la paz.

A ellos Señor y a todos los que descansan en Cristo, te rogamos que les concedas el lugar de refrigerio, de luz y de paz. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén”

“Memento etiam Domine”: Aquí la palabra “acordarse”, significa lo mismo que ayudar, igual que en el primer Memento. Se pide ayuda para los vivos, antes de la consagración, porque ellos pueden unirse al sacerdote para ofrecer con él la sagrada Víctima del Cuerpo y Sangre de Jesucristo; pero como los difuntos ya no pueden hacerlo, se implora ayuda para ellos después de la consagración, ya que sólo pueden participar del fruto (y no del ofrecimiento) del sacrificio.

“Famulorum famularumque tuarum”

La Iglesia sólo menciona a los fieles muertos en el amor de Dios, por lo que merecen llamarse siervos y siervas.

“N. et N.”: Estas letras se ponen en lugar de las personas que antiguamente figuraban en los Dípticos, es decir, tablillas de madera con cera plegadas en dos, que se recibían al principio de la misa. Este uso se mantuvo hasta el siglo VII.

“Qui nos praecesserunt in signo Fidei”: Después de haber recibido el sacramento del bautismo, que es el sacramento de la fe, y después de haber practicado las obras de religión y dado en sus últimos momentos señales de fe cristiana.

“et dormiunt in somno pacis”: La muerte de los fieles se llama sueño porque después de ella deberán resucitar para la vida eterna. Su muerte se llama “sueño de paz” no porque no sufran, sino porque gozan por lo menos de la eterna seguridad de haberse salvado.

“et ómnibus in Christo quiescentibus”: La Iglesia ruega también por todos los fieles , como dice San Agustín, que ya no tienen a nadie que ruegue por ellos y los recuerda como la piadosa madre común que es. Esta oración no se omite en ninguna liturgia.

Para los fieles difuntos se piden tres cosas: refrigerio, luz y paz. Así se da a entender de modo muy apropiado el sufrimiento del purgatorio, donde las almas sufren el fuego (se pide refrigerio, la oscuridad (se pide luz) y la angustia (se pide paz).

“Per Christum Dominum nostrum”: Es la única vez en el Canon en que las rúbricas piden al celebrante que incline la cabeza cuando no se menciona el nombre de Jesús, dando a entender la gran insistencia con que se hace esta plegaria. Según algunos autores recuerda la inclinación de la cabeza de Jesús al momento de expirar.

El Purgatorio: Sólo es de fe su existencia y la utilidad de los sufragios por los difuntos. Todo lo demás son opiniones.

Lugar: Opinión muy común, es que es el centro de la tierra. Otros suponen que el purgatorio tiene lugar en los mismos sitios en que el alma pecó, su casa su ciudad, los lugares que frecuentó para pecar.

Santo Tomás dice que probablemente es doble el lugar. Cerca del infierno. Y por dispensación hay algunas almas que son enviadas para instrucción de los vivos o para alivio de los muertos, para que los vivos al darse cuenta de su sufrimiento, les mitiguen sus sufrimientos, a través de los sufragios de la Iglesia.

La pena de daño: Separación de Dios pero sin desesperación. Sufren con resignación y esperanza.

La pena de sentido: Es sentencia común que es el fuego.

Las almas del purgatorio no pueden obtener su liberación por sus propios esfuerzos. Pero nosotros podemos ayudarlas. Oraciones, sacrificios, indulgencias, Misas. (Comunión de los santos)

Las almas del purgatorio van adquiriendo gradualmente mayor tranquilidad a medida que van purificándose, porque la luz de Dios va entrando cada vez más en ellas. Pero no ocurre lo mismo con el deseo de ver a Dios.

La pena mínima excede a la máxima de esta vida.

La duración depende de la mayor o menor adherencia de la voluntad al pecado venial. (Tardan más tiempo en purificarse).

La acerbidad de la pena depende de la cantidad de la culpa. Por eso alguien puede estar más tiempo con castigo menos severo y viceversa.

La devoción a las almas del purgatorio: Según Santo Tomás, no pueden interceder por la Iglesia militante, entre otras razones porque no pueden conocer las oraciones. Pero según otros sí pueden interceder por otros, aunque no por sí mismas, de aquí vendría la devoción. De hecho la Iglesia la permite.

La Santa Misa (41)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.4 Las oraciones después de la consagración

D.4.5 Nobis quoque peccatoribus

(Oración por la Iglesia militante)

Oración: *“Nobis quoque peccatoribus, famulis tuis, de multitudine miserationum tuarum sperantibus, partem aliquam et societatem donare digneris, cum tuis sanctis Apostolis et Martyribus: cum Joanne, Stephano, Matthia, Barnaba, Ignatio, Alexandro, Marcellino, Petro, Felicitate, Perpetua, Agatha, Lucia, Agnete, Caecilia, Anastasia, et ómnibus sanctis tuis: intra quorum nos consortium non aestimator meriti, sed veniae, quaesumus, largitor admite. Per Christum Dominum nostrum”.*

“También a nosotros, pecadores siervos tuyos, que esperamos en la abundancia de tus misericordias, te rogamos que te dignes concedernos siquiera alguna partecita y vivir en compañía de tus santos Apóstoles y Mártires: con Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia y todos los Santos. En cuyo consorcio te pedimos nos recibas no como apreciador de méritos, sino como perdonador que eres de nuestras culpas. Por Cristo Nuestro Señor”.

El sacerdote eleva la voz: este cambio de tono lo señala ya San Beda el Venerable, que escribía hacia el año 700. Al mismo tiempo se golpea el pecho, declarándose culpable.

“Nobis quoque peccatoribus”: El sacerdote pide para sí, la misma gracia que acaba de pedir para la Iglesia purgante. Según Santo Tomás, el sacerdote dice esta oración para sí mismo.

Dice monseñor: “El resultado de los contactos con Dios en la oración... y en la misa, tiene que ser un aumento de humildad. Si se despierta la vanidad o si hay un poco de orgullo porque tenemos la impresión de que Dios nos da más gracias particulares a nosotros que a los demás , es que está trabajando nuestra imaginación; esa no es la realidad y no es realmente la luz de Dios, la del Espíritu Santo, la que nos ilumina. Cuanto más nos acercamos a Dios, más persuadidos estamos de que lo conocemos menos. Todo lo que puede acercarnos a Dios debe tener por fundamento la humildad.

“*Famulis tuis*”: Aunque el sacerdote es pecador, tiene el honor de ser el servidor de Dios, por cuyo motivo espera obtener de Dios y de su bondad lo que pide.

“*Cum sanctis tuis*”: Se mencionan aquí varios santos muy honrados en Roma y que pertenecen a distintos estados de vida, encabezados por San Juan Bautista (del orden de los profetas), formando 2 septenarios, uno de hombres y otro de mujeres.

San Esteban del orden de los diáconos; San Matías del orden de los apóstoles; San Bernabé del orden de los discípulos; San Ignacio de Antioquía del orden de los obispos; San Alejandro I del orden de los Papas; San Marcelino, del orden de los sacerdotes; San Pedro, del orden de los exorcistas. (San Marcelino y San Pedro fueron martirizados el año 304 en Roma)

Santa Perpetua y Santa Felicidad, del orden de las personas casadas;

Santa Ágata (Águeda): Es del siglo III y se la representa como una joven con los pechos cortados y unas tenazas en la mano. Rechazó hacer sacrificios a los dioses y doblegarse a los deseos del cónsul Quinciano. Fue enviada a un prostíbulo, donde mantuvo intacta su virginidad milagrosamente. Luego la ataron cabeza abajo y le arrancaron los senos con unas tenazas. Esa noche San Pedro visitó a Águeda en la cárcel y la curó. Sin embargo, la obligaron a caminar sobre brazas ardientes y vidrios rotos. Sin embargo, el Aetna hizo erupción y la llevaron a prisión, donde murió.

Santa Inés: Siglo IV. Se la representa como una joven con un cordero a sus pies o en los brazos por consonancia con su nombre. Fue una joven que se negó a sacrificar a los dioses y fue enviada a un prostíbulo donde fue protegida por un ángel. Un joven que intentó acosarla murió repentinamente. Fue arrojada a las llamas de las que salió ilesa. Finalmente murió degollada.

Santa Lucía: Se la representa con los ojos sobre un plato. Puede tener la palma del martirio o un puñal o una espada. Murió mártir en Siracusa hacia el año 304. Fue denunciada por su prometido al cónsul de Siracusa por consagrarse a Cristo. Murió decapitada después que las tentativas de llevarla a un prostíbulo, violarla o quemarla en la hoguera, resultaron inútiles. Mientras discutía con el prefecto, el espíritu Santo la volvió tan pesada que no pudieron moverla ni con una yunta de bueyes. Se cuenta también que le arrancaron los ojos los cuales ella misma se volvió a colocar.

Santa Cecilia: Convirtió a su esposo y a su cuñado. Se le ofreció que fuera a su casa y que en secreto comiera comida ofrecida a los ídolos, por ser de una familia noble, ella prefirió morir. Le dieron tres golpes de hacha que no cortaron la cabeza y estuvo tres días predicando el evangelio.

y Santa Anastasia, del orden de las vírgenes.

Son todos mártires que dando su vida mostraron que el Salvador había puesto en ellos la verdadera caridad.

“Intra quorum.....”: El sacerdote pide a Nuestro Señor que no considere sus propios méritos sino que use de su misericordia infinita, porque las propias obras, por muy buenas que parezcan a nuestros ojos, son viles a los ojos de Dios. Aunque sepamos que tenemos la inmensa gloria de ser miembros de Jesucristo, siempre queda en nosotros algo de concupiscencia y fondo de debilidad e ignorancia que mancha nuestras obras.

La Santa Misa (42)

(Cuarta parte)

D. El Canon

D.4 Las oraciones después de la consagración

D.4.6 Per quem omnia

(Doxología final del canon y pequeña elevación)

Oración: “*Per quem haec omnia Domine, semper bona creas, sanctificas, vivificas, benedixis et praestas nobis. Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso, est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria. Per omnia seacula seculorum. Amen*”.

“Por quien siempre creas, Señor, todos estos dones, los santificas, los vivificas, los bendices y nos los comunicas. Por Él mismo, con Él mismo y en Él mismo, a Ti Dios Padre omnipotente en unidad del Espíritu Santo, es dada toda honra y gloria, por todos los siglos de los siglos Amén”.

Dice monseñor: Todo se hace por medio de Nuestro Señor, en Él y con Él. Fuera de la incorporación a su Cuerpo Místico, ningún hombre puede ser agradable a Dios y glorificar a la Santísima Trinidad, tal es el plan admirable de Dios. Todo está ordenado a la existencia de este Hombre – Dios “El primogénito de toda creatura” (Col 1, 15) Él es el modelo de toda creatura, por consiguiente el plan de Dios es Nuestro Señor Jesucristo. Nada de lo que ha sido hecho y de lo que Dios ha creado, nada de lo que Dios ha previsto se ha hecho fuera de Nuestro Señor Jesucristo.

Al decir esta oración el sacerdote hace 3 signos de cruz diciendo: “*sanctificas, vivificas, benedixis*” para señalar que todo ha sido santificado, vivificado y bendecido por los méritos de la Cruz; pero no hace signo de cruz cuando dice “*creas*” porque todas las cosas han sido creadas por Cristo no como Verbo encarnado, sino como Sabiduría eterna del Padre.

“Per quem”: Al terminar el Canon se señala la razón por la que hacemos todas nuestras peticiones por Nuestro Señor Jesucristo: porque es por su medio que Dios nos otorga todos los bienes y gracias.

“Haec omnia bona... creas”: Dios ha creado todo por medio de Cristo: el pan y el vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Jesucristo, no sólo al crearlos al principio del mundo sino renovándolos continuamente: *“creas”*

Es en Jesucristo que estos dones ofrecidos se vuelven dones sagrados separados del uso común: *“sanctificas”*

Es por Jesucristo que Dios les da vida, cambiándolos en Cuerpo y Sangre preciosísimos de Cristo: *“vivificas”*

Es por Jesucristo que Dios nos los da en alimento de vida: *“praestas nobis”*.

“Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso”: El sacerdote hace tres signos de cruz con la hostia sobre el cáliz, al decir estas palabras, para que se entienda que la Hostia y el Cáliz es el mismo Jesucristo que se sacrificó en la cruz. Por la transubstanciación está Cristo en estado de víctima.

“Por Él”, verdadero mediador entre Dios y los hombres.

“Con Él”, como Dios igual a Dios.

“En Él”, como consubstancial al Padre.

“Est tibi Deo Patri omnipotenti”: Cuando se nombra al Padre y al Espíritu Santo – que no están unidos personalmente al Cuerpo ni a la Sangre preciosísimos de Cristo – no se hace un signo de cruz en el cáliz, sino fuera de él, pues basta expresar que el sacrificio de la Cruz de Cristo es lo más grande que podemos ofrecer en honor y gloria de las divinas personas.

Con estos signos de cruz repetidos por tercera vez a lo largo del canon, dibujando ostensiblemente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo la señal de su Pasión, el sacerdote realiza un signo que expresa no ya la muerte cruenta

(esto lo hace en la consagración por la separación de las especies sacramentales) sino el modo concreto de la muerte cruenta, la Cruz. Además trazando las tres primeras cruces, pone la hostia sobre la Sangre expresando con claridad, que el contenido del Cáliz ha brotado del sagrado Cuerpo.

“Omnis honor et gloria”: Todo honor y alabanza que se da a Dios se da por medio del Hijo y en la unidad del Espíritu Santo. Para que la exaltación de los dones acompañe a las palabras, el sacerdote eleva un poco el Cáliz y la Hostia.

“Per omnia saecula saeculorum”: El sacerdote pronuncia estas palabras en voz alta para que los fieles respondan “Amen” y se unan así a todo lo que se ha dicho en el Canon.

Es el término de la oración sacrificial. Los cinco signos de cruz, corresponden a los que están marcados sobre la piedra del altar. Evocan las 5 llagas que fueron abiertas en la cruz y de las cuales se derramó hasta la última gota de la Sangre redentora en una inmolación plena de obediencia y amor para la remisión de los pecados. De la renovación de esta oblación perfecta, dependen para siempre el honor y la gloria debidos a la Augusta Trinidad.

Sólo la misa puede dar a Dios un homenaje digno. Sin la misa todo estaría desordenado, desorientado y desequilibrado. Por medio de ella se restablece el orden. El sacerdote acaba de hacer una acción que une realmente el Cielo y la tierra, sometiéndole ésta última.

La Santa Misa (43)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La comunión)

Dice Santo Tomás de Aquino, que primero debe ser preparado el pueblo para recibir el sacramento. Y primeramente por la oración común de todo el pueblo, que es la oración dominical, en la que pedimos que se nos dé el pan cotidiano. Y también por la oración privada que especialmente ofrece el sacerdote por el pueblo, cuando dice el Libera nos, quaesumus Domine.

En segundo lugar se prepara el pueblo por la paz que se da diciendo, Agnus Dei, ya que éste es el sacramento de la unidad y de la paz. Sin embargo en las misas de difuntos, en las cuales este sacrificio se ofrece no por la paz de los presentes, sino por el descanso de los difuntos, se omite la paz.

Luego sigue la percepción del sacramento, primero tomándolo el sacerdote y dándolo luego a los otros, porque como dice Dionysio, el que da las cosas divinas a otros, debe él primero participar.

E.1 La preparación a la comunión

E.1.1 La oración dominical

Después de la consagración, la única oración que encontramos antiguamente como preparación a la comunión es la Oración Dominical.

La ubicación de esta oración inmediatamente después del canon, encierra una profunda simbología. La explicación que da San Gregorio, es que es por institución apostólica. El canon está todo orientado hacia el Paternoster, de modo que es como su punto cardinal. Tras haber ofrecido a Dios el único Sacrificio agradable a sus ojos y por el que se le tributa una gloria infinita, se puede y debe rezar la más excelente de las oraciones y la más agradable ante su acatamiento.

La iglesia griega la ha puesto en el mismo lugar que la latina pero hay una diferencia: que en occidente la canta o reza solamente el celebrante, mientras que en la iglesia griega la cantan o rezan todos los asistentes. Tal es la costumbre desde tiempos muy antiguos; así lo señalaba San Agustín y San Gregorio Magno que dice: “la oración dominical entre los griegos es dicha por todo el pueblo, pero entre nosotros es dicha sólo por el sacerdote”.

E.1.1.1 El prefacio del Pater

Antes del Padrenuestro se dice un prefacio, para señalar la importancia de la oración e inspirar los sentimientos de respeto con los que se tiene que hacer esta oración a Dios, a quien no nos atreveríamos a llamar con el nombre de Padre si no nos lo ordenara.

“Praeceptis salutaribus moniti” (amonestados con preceptos saludables): Las peticiones del Pater son preceptos porque Nuestro Señor nos ordenó que las hiciéramos.

“et divina institutione formati, audemus dicere” (e instruidos por la enseñanza divina, nos atrevemos a decir): No nos atreveríamos a hacer esta oración tan elevada, si Jesucristo no nos la hubiera ordenado.

Este prefacio es muy antiguo. San Jerónimo alude a él cuando dice que Jesucristo *“sic docuit Apostolos suos, ut quotidie in corporis sacrificio credentes audeant loqui: Pater noster”* (así les enseñó a sus apóstoles, para que diariamente en el sacrificio del cuerpo, los creyentes se atrevan a decir: Padre nuestro)

E.1.1.2 El Pater

San Agustín admira que las 7 peticiones que encierra el Pater encierran todo lo que se puede pedir. Después de San Gregorio Magno, para que los fieles tomaran también parte en el Pater se les hizo rezar la última petición en voz alta. Esta última petición es como una recapitulación de toda la oración dominical.

“Amen”: El sacerdote concluye con el Amén en voz baja. En algunos antiguos sacramentarios, no aparece este amén final porque se considera la oración *Libera me* como una prolongación del Pater. Pero como en los evangelios termina así el Pater pareció que en la misa también tenía que terminar así.

La Santa Misa (44)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La Comunión)

E.1 La preparación a la comunión

E.1.2 Libera nos

El sacerdote se signa con la patena antes de poner la hostia encima de ella porque es el recipiente en el que se fracciona. Así señala que es a través de la Cruz que Jesucristo inmoló su propia carne.

Oración

“ Libera nos, quaesumus Domine, ab ómnibus malis, praeteritis, praesentibus, et futuris: et intercedente beata et gloriosa Semper Virgine Dei genetrice Maria, cum beatis Apostolis tuis Petro et Paulo, atque Andrea, et ómnibus sanctis, da propitius pacem in diebus nostris: ut ope misericordiae tuae adiuti, et a peccato simus semper liberi, et ab omni perturbatione securi. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum, Filium tuum. Qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus. Per omnia saecula saeculorum. Amen”.

Esta oración no es más que la prolongación de la última petición del Pater.

“Libera nos quaesumus”: Los males pasados son nuestros pecados y las penas que merecen, así como las impresiones y rastros que han dejado en nuestra imaginación y sentidos. Los males presentes son los que nos afligen actualmente, en nuestra alma y en nuestro cuerpo (tentaciones, enfermedades, desgracias, etc.) Los males futuros son todos los que nos podrían afligir por encima de nuestras fuerzas y apartarnos de Dios, y en fin todo lo que podría contribuir a nuestra pérdida eterna.

“Et intercedente”: Los sufragios más eficaces son, en primer lugar, los de la Santísima Virgen; los de los fundadores y consagradores de Roma; y luego se cita a San Andrés porque siempre fue venerado en Roma de un modo especial por ser hermano de San Pedro.

“Et ómnibus Sanctis”: Antiguamente se podían mencionar también a los santos a los que se tenía más devoción , como se ve en los antiguos manuscritos.

“Da propitius pacem”: Esta petición de la paz es un añadido, que sin duda se hizo en un tiempo de persecución o guerra, pero se sigue diciendo ahora porque – como decía Floro en el siglo IX – la Iglesia pide la paz para todos los que harán esta misma oración hasta el fin del mundo.

“Ut ope misericordiae tuae”: La Iglesia no nos hace pedir la paz sino para evitar el pecado, porque sabe que las guerras y las divisiones son el fruto y la consecuencia del pecado. Al pedir la paz externa pide principalmente la paz interior, que no puede existir con el pecado.

La Santa Misa (45)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La Comunión)

E.1 La preparación a la comunión

E.1.3 La Fracción de la Hostia

Al concluir el Libera nos, parte el sacerdote la sagrada Hostia en dos partes iguales, teniendo la Hostia sobre el cáliz. Para que caigan allí las partículas que puedan desprenderse y para indicar que la sangre contenida allí procede del cuerpo inmolado de Cristo. Coloca una parte, la de la derecha , en la patena, y de la otra separa un pedacito que sostiene sobre el cáliz mientras con la mano izquierda coloca la otra mitad junto a la primera. Con la partícula que le queda en la mano hace luego tres cruces en el interior del cáliz diciendo: *Pax Domini sit semper vobiscum*: “La paz del Señor sea siempre con vosotros” y deja caer la partícula en la preciosísima sangre y continúa diciendo en voz baja: *“Haec commixtio et consecratio corporis et sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat nobis in vitam aeternam”* : “Esta mezcla y consagración del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo sea para los que la recibimos prenda de vida eterna”

El sacerdote fracciona la hostia a ejemplo de Cristo, que rompió el pan antes de decir: “Tomad y comed”. La fracción de la Hostia realza el sentido de Víctima que tiene Cristo inmolado en el altar, pues no sólo aparece como separado de su Sangre sino en sí mismo como lacerado. El sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo con toda la apariencia externa de Víctima sacrificada.

Al principio la fracción de la Hostia se hacía después de haber dado la paz, pero desde hace 1000 años se ha adelantado un poco poniendo una partícula de la misma en el cáliz diciendo: *“Pax Domini...”*

Recordemos que el sacrificio se produce después de la segunda consagración, entonces este gesto tiene un significado marcadamente sacrificial.

El rito romano divide la hostia en tres partes. Antiguamente una de estas tres partes se reservaba en el Sagrario, la otra se ponía en el cáliz y la tercera era para la comunión del sacerdote y sus ministros.

La Iglesia griega divide la hostia en cuatro partes, disponiéndolas en forma de cruz sobre el altar y ponen una de ellas en el cáliz.

Se parte la Hostia por tres razones:

- En memoria de lo que hizo el Salvador en la última cena.
- Para representar lo desgarrado que estuvo su cuerpo en la Pasión.
- Para facilitar la comunión del sacerdote.

La mezcla de la partícula con la preciosísima sangre representa la unión del cuerpo y sangre de Jesucristo, verificada después de su muerte en el momento de la resurrección. Se hace esto cuando nos preparamos a recibir la comunión para expresar que la comunión nos encamina a nuestra resurrección gloriosa.

La Santa Misa (46)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La comunión)

E.1 La preparación a la comunión

E.1.4 Pax Domini

La paz que el sacerdote y los fieles se desean mutuamente, no es la paz del mundo, sino la paz del Señor: “*Pax Domini*”. Esta paz consiste en la unión con Dios, primero de sí mismo con Él y luego con el prójimo.

El sacerdote la desea teniendo en su mano derecha el Cuerpo de Cristo, porque “*Ipse est pax nostra*” (Efe. 2, 14) y hace al mismo tiempo una señal de la cruz sobre la sangre de Cristo, porque todo fue pacificado por su sangre: “*Pacificans per sanguinem crucis ejus*” (Col. 1, 20)

Lo que la Iglesia desea principalmente es que se dé la paz antes de comulgar porque sólo los pacíficos pueden participar a la Carne del Cordero, como dicen los Padres de la Iglesia: “*Salutate invicem in osculo sancto: Ideo enim in Ecclesia pax primo annuntiatur: ut ostendat se cum omnibus esse pacificum, qui corpori communicaturus est Christi*” (San Jerónimo)

(Saludaos mutuamente con el beso de paz. La Iglesia primero anuncia la paz, para que el que va a comulgar a Cristo, se muestre pacífico con todos)

En los 10 primeros siglos los cristianos se daban el beso de paz.

En las misas de réquiem se omite el saludo de paz, porque el sacrificio se ofrece por el descanso de los muertos, no por la paz de los que viven en el presente.

Pax Domini sit Semper vobiscum, dice el sacerdote y los fieles responden, *et cum spiritu tuo*.

Dice monseñor que el fruto de la Cruz y del sacrificio de la misa es la paz: paz de las almas y de las sociedades que reciben a Nuestro Señor y se someten a su ley de amor. La paz es la tranquilidad del orden y el orden fue restablecido. Por medio del sacrificio de la cruz se volvió a restablecer el puente entre Dios y los hombres.

Acá eso sí vivimos por la vida de la gracia, una paz relativa, porque aún no hemos alcanzado el fin, todavía no recibimos la corona. Pero con todo, tenemos que tener el alma en paz pues, por medio del santo sacrificio de la misa, que es la continuación del sacrificio de la Cruz, poseemos la fuerza y la gracia que nos harán vencer al demonio, al pecado y a la muerte.

La Santa Misa (47)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La Comunión)

E.1 La preparación a la comunión

E.1.5 Haec Commixtio

Oración: *“Haec commixtio et consecratio Corporis et Sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat accipientibus nobis in vitam aeternam. Amen”*

“Esta mezcla y consagración del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo sirvanos, al recibirla, para la vida eterna. Amen”

Diciendo estas palabras el sacerdote deja caer en el cáliz la porción de la Hostia que tenía en los dedos de su mano derecha. Aquí la palabra *“consecratio”* hay que entenderla como mezcla del Cuerpo y Sangre. Este uso es venerable. Los concilios lo han consagrado y las liturgias más antiguas lo tienen, (como por ejemplo la liturgia de Santiago – una de las más antiguas de la Iglesia griega – y los *Ordines romanos* más antiguos).

En Roma el Papa – y esta costumbre se ha seguido siempre – mezclaba con el cáliz una partícula de la Hostia consagrada en la misa, diciendo las palabras. *“Fiat commixtio...”*. Es porque siempre ha habido una razón muy alta y misteriosa para hacer la mezcla del Cuerpo y la Sangre de Cristo consagrados bajo las apariencias de pan y vino: señalar su gloriosa resurrección.

Hasta este momento la Misa sólo ha expresado la pasión y la muerte de Cristo por la consagración separada de su Cuerpo y Sangre, pero es importante que el Sacrificio represente igualmente la vida gloriosa de Cristo

puesto que la misa es la perpetuación del sacrificio que ofreció muriendo en el Calvario y del que ofrece viviendo eternamente en el Cielo.

El Cuerpo y la Sangre consagrados por separado son el signo de su muerte; el Cuerpo y la Sangre reunidos son el signo de la vida que recuperó al resucitar, pues la especie del vino embebiendo la especie del pan representan que el Cuerpo y la Sangre residen juntos y que se han reunido como en un Cuerpo vivo.

Esta representación – realizada no cuando se sacrifica a la Víctima sino cuando se prepara a recibirla – es muy apropiada para significar el efecto de la Comunión, como dirá luego el sacerdote: que la recepción del Cuerpo y la Sangre de Cristo se vuelva de don temporal en remedio eterno: *“de munere temporalis fiat nobis remedium sempiternum”*. De nada nos valdría recibir en esta vida la Sagrada Eucaristía si no fuera prenda de vida eterna. Así el cáliz bajo un símbolo sensible contiene toda la plenitud del sacrificio y es la señal y la causa de la vida gloriosa que esperamos.

“Haec commixtio et consecratio”: Aquí la palabra consagración sólo significa el Cuerpo y la Sangre consagrados.

“Fiat accipientibus”: Pedimos que esta mezcla (símbolo, como ya hemos dicho, de la unión mutua del Cuerpo y Sangre de Cristo) nos sea una prenda de nuestra unión con Cristo en la vida eterna.

La Eucaristía es una prenda de vida eterna

Monseñor dice: ¿Por qué ofreceréis el santo sacrificio de la misa queridos amigos? “Para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). El sacrificio de la misa no tiene otra razón de ser sino dar la vida. ¿Y qué vida? No la de este mundo ni la de nuestros cuerpos sino la vida sobrenatural, la vida divina que habíamos perdido. Nuestro Señor quiso darnos su propia vida, su vida divina y hacernos entrar a todos nosotros, seamos quienes seamos, en la Santísima Trinidad, por muy pequeños y débiles que seamos. Nuestro Señor quiso que participáramos en su vida divina y por esto murió en la Cruz. Así pues, vosotros ofreceréis el santo sacrificio de la misa para dar la

vida y el fruto del sacrificio de la misa, que es la Eucaristía en la que están presentes el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor. ¡Qué sublime es todo esto!

La Eucaristía es como una semilla en nosotros, una semilla de la resurrección de nuestros cuerpos, pues comulgamos a Nuestro Señor Jesucristo resucitado. Está en nosotros con su Cuerpo resucitado, con su Cuerpo glorioso, de modo que está en nosotros como una semilla de la resurrección. Es tan hermoso y tan consolador que se nos recuerde todo esto que nunca agradeceremos bastante a Dios el podernos acercar diariamente a la sagrada comunión.

La Santa Misa (48)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La Comunión)

E.1 La preparación a la comunión

E.1.6 Agnus Dei

Oración: *“Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis. Agnus Dei qui tollis peccata mundi miserere nobis. Agnus Dei qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem”*

Fue el Papa San Sergio I quien en 687 determinó que durante la fracción de la hostia el clero y el pueblo cantasen el “Agnus Dei”, para que cuando se prepara la comunión, los que la van a recibir, pidan a Jesucristo, que se ha ofrecido a ellos, la gracia de que los prepare dignamente a recibir la prenda de salvación eterna. Más tarde se empezó a cantar 3 veces para que durara todo el tiempo hasta la comunión, e incluso durante ésta. Luego los mismos sacerdotes empezaron a decirlo en el altar.

Hasta el siglo XI los tres “Agnus Dei” terminaban con “Miserere nobis”, pero a partir de esa época se empezó a decir en la mayor parte de las iglesias “Dona nobis pacem” en el tercero. Este uso, como menciona el Papa Inocencio III, se introdujo con motivo de algunas dificultades que surgieron entonces en la Iglesia. Originalmente se decía tres veces “Miserere nobis” por los tres tipos de pecado que cometemos: de pensamiento, palabra y obra.

El sacerdote se golpea el pecho al decir “Miserere nobis”, para recalcar su compunción; y se golpea igualmente el pecho al decir “Dona nobis pacem” porque antiguamente se decía “Miserere nobis”.

En las misas de difuntos se dice “Dona eis réquiem”, pues tal era la costumbre ya en el siglo XII.

“Agnus Dei”: Siempre se ha representado a Jesucristo con la dulzura e inocencia del cordero, y como no hay ninguna víctima que pueda ser agradable a Dios como Jesucristo que se ofreció por los pecados de los hombres, San Juan Bautista lo llamó con este nombre.

La sangre del cordero que Moisés mandó a los israelitas que pusieran en la entrada de sus casas, sólo era una figura de la sangre de Jesucristo, que es la única que puede agradar a Dios. Y más tarde, todas las víctimas inmoladas en el Antiguo Testamento sólo eran signos externos para enseñar al hombre lo que le debe a Dios; Jesucristo inmolado invisiblemente en estos signos, era el único objeto que Dios miraba con complacencia.

“Qui tollis peccata mundi”: Esta expresión nos viene también de San Juan Bautista y tanto el término griego como su traducción latina *“tollere”* significan quitar o llevar. Las víctimas quitaban sin cesar los pecados de las personas por las que se ofrecían porque se ponían las manos sobre ellas para ocuparan su lugar.

Isaías nos representa a Jesucristo como un cordero cargado con nuestras iniquidades y destinado a ser inmolado: *“ sicut ovis ad occisionem ducetur”* (Is. 53,7). Y San Pedro nos dice que Él llevó nuestros pecados sobre la cruz: *“Peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum”* (1 Pedro 2,24). No lleva ni se carga de nuestros pecados sino para expiarlos y los expía llevando él mismo en su humanidad las penas que hay que pagar por ellos. El Mesías vino para acabar con el pecado, como se le anunció al profeta Daniel (Dan 9,24). Esta afirmación es una afirmación rotunda de la satisfacción vicaria de Cristo.

La Santa Misa (49)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La comunión)

E.1 La preparación a la comunión

E.1.7 La Paz

El sacerdote con las manos juntas apoyadas sobre el altar dice la siguiente oración:

Oración: *“Domine Jesu Christe, qui dixisti Apostolis tuis: Pacem relinquo vobis , pacem meam do vobis: ne respicias peccata mea, sed fidem ecclesiae tuae: eamque secundum voluntatem tuam pacificare et coadunare digneris: qui vivis et regnas Deus , per omnia saecula saeculorum. Amen”*

“Señor mío Jesucristo que dijiste a tus apóstoles “La paz os dejo, mi paz os doy” no mires mis pecados sino la fe de tu Iglesia y dignate pacificarla y aunarla, según tu voluntad; Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén”.

Se trata de una oración muy antigua, por lo menos del año 900. No se dice en las misas de difuntos, como tampoco se dice *“dona nobis pacem”* porque la paz que se pide no conviene a los difuntos.

“Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis”: La paz tiene que considerarse como el mayor bien de los cristianos, pues al dar a los apóstoles las más vivas demostraciones de su amor, el día antes de su pasión, Jesús les dijo: “La Paz os dejo, mi paz os doy”

San Agustín señala muy bien que hay una diferencia entre la paz que nos deja Nuestro Señor y la que nos da. La que nos deja es la que los hombres pueden

tener en esta vida por la gracia, y que viene de la buena conciencia y de la alegría del hombre interior. Mientras que su paz es la que nos asegura para la eternidad excluyendo toda inquietud.

“Ne respicias peccata mea”: Las oraciones de la misa normalmente son comunes a los sacerdotes y a los fieles. Pero la expresión “mis pecados” nos indica que se trata de una oración que la Iglesia le hace decir personalmente al sacerdote. Como tantas otras veces en la misa, cuando el sacerdote habla de sí mismo, usa palabras humillantes, mientras que cuando habla de los fieles usa palabras de gran estima. El sacerdote teme que sus pecados sean un obstáculo a la gracia solicitada, por lo que pide a Nuestro Señor que no mire sus pecados sino la fe de la Iglesia de la cual él es ministro.

“Eamque secundum voluntatem tuam”: El sacerdote pide a Dios la paz que sea según su voluntad, es decir, la paz estable de la que él goza y que tiene que reunir a todos los miembros de la Iglesia.

Modo de dar la paz

El sacerdote besa el altar para recibir la paz de Jesucristo. Hacia el siglo XII, para señalar más claramente que la paz viene de Jesucristo, se besaba la Hostia. En otros lugares se besaba el cáliz (rito carmelita). El rito romano ha conservado el beso del altar, que es figura de Cristo, piedra angular de la Iglesia.

La paz se daba antiguamente con el beso, que siempre ha sido la señal de la verdadera amistad entre personas iguales, y de este modo es como se saludaban antiguamente los cristianos. Todas las personas de igual sexo se daban mutuamente el beso de paz. Ésta era la principal razón por la cual los hombres estaban separados de las mujeres en la iglesia. Esta costumbre se mantuvo hasta mediados del siglo XIII. Esta costumbre se fue perdiendo y ese fue el principal motivo para que se suprimiera el saludo entre los fieles.

Actualmente la paz se da solamente en la misa solemne y entre clérigos. El sacerdote cuando da la paz dice: *“Pax tecum”* y se responde *“et cum spiritu tuo”*

Dice Monseñor: Por supuesto la comunión es también el signo eficaz de la caridad que tiene que animar el Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo, pues todos nosotros somos miembros de su Cuerpo Místico. Sería inadmisibile que almas que han comulgado al mismo Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, luego se dividan entre sí.

La Santa Misa (50)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La comunión)

E.1 La preparación a la comunión

E.1.8 Las oraciones antes de la comunión

Antiguamente no había en la Iglesia ninguna oración que precediera a la comunión, porque todas las oraciones pueden considerarse como una preparación suficiente para comulgar. Pero muchos sacerdotes no podían acercarse a este momento sin verse sobrecogidos por un santo respeto y temblor que les hizo pedir de nuevo la remisión de sus pecados y las gracias que una santa comunión debe producir en un alma bien preparada. Esto hizo que la Iglesia introdujera desde el siglo XI varias oraciones.

E.1 8.1 Domine Jesu Christe

Oración: *“Domine Jesu Christe, Fili Dei vivi, qui ex voluntate Patris, cooperante Spiritu Sancto, per mortem tuam mundum vivificasti: libera me per hoc sacrosanctum Corpus et Sanguinem tuum ab ómnibus iniquitatibus meis, et universis malis: et fac me tuis Semper inhaerere mandatis, et a te nunquam separari permittas. Qui cum eodem Deo Patre et Spiritu Sancto vivis et regnas Deus in saecula saeculorum. Amen”*

“Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste vida al mundo con tu muerte, por este tu sacrosanto cuerpo y sangre, líbrame de todas mis iniquidades y de todos los otros males, haz que siga siempre adherido a tus mandamientos y no permitas que jamás me separe de ti, que vives y reinas con el mismo Dios Padre y el Espíritu Santo, Dios, en los siglos de los siglos. Amén”

En esta oración el sacerdote involucra a toda la Santísima Trinidad en nuestra redención: ***“ex voluntate Patris cooperante Spiritu Sancto, per mortem tuam mundum vivificasti”***. Nos presenta a Jesucristo que da la vida al mundo por la voluntad de su Padre y con la cooperación del Espíritu Santo (formando su Santísimo Cuerpo en las entrañas de la Virgen María)

E.1.8.2 Perceptio Corporis

“Perceptio Corporis tui, Domine Jesu Christe, quod ego indignus sumere praesumo. Non mihi proveniat in iudicium et condemnationem; sed pro tua pietate prosit mihi ad tutamentum mentis et corporis, et ad medelam percipiendam. Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti Deus, per Omnia saecula saeculorum. Amen”

“Señor mío Jesucristo, la comunión de tu cuerpo, que yo indigno me atrevo a recibir, no me sea motivo de juicio y condenación, mas por tu piedad, me sirva para defensa del alma y del cuerpo, y remedio saludable. Tú que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén”

“Ad tutamentum mentis et corporis, et ad medelam percipiendam”: La fuerza del cristiano viene de la Sagrada Eucaristía. La Iglesia nos enseña con sus oraciones que es de ahí de donde los mártires sacaban toda su fuerza.

Así San Cipriano de Cartago y los otros obispos de África, cuando veían acercarse el tiempo de las persecuciones, se creían obligados a abreviar el tiempo de la penitencia que habían impuesto a los pecadores, para que no fueran expuestos a los combates sin ser robustecidos con la Comunión.

Es interesante notar, que estas dos oraciones de preparación para la Comunión, lo mismo que la oración de la paz, se dirigen a Jesucristo en lugar de a Dios Padre como todas las demás oraciones. Es como un principio – perfectamente mantenido desde el siglo VI – no dirigir ninguna oración, salvo a Dios Padre. Siempre se rezaba al Padre por mediación del Hijo. Pero más tarde se tuvo que hacer hincapié en otra verdad: la igualdad divina del Hijo

con el Padre contra las secuelas de la herejía arriana, y por ese motivo se empezaron a dirigir oraciones a Jesucristo igual que a Dios Padre.

Esto es lo que hace cambiar las conclusiones de las oraciones:

- 1) Cuando la oración se dirige a Dios Padre termina: *Per Dominum nostrum...*
 - Pero si además al principio de la oración se menciona a Dios Hijo: *Per eundem Dominum nostrum..*
 - O si al final se nombra a Dios Hijo: *Qui tecum vivit et regnat in unitate...*
 - Y si se menciona igualmente a Dios Espíritu Santo: *Per Dominum nostrum.... In unitate eiusdem Spiritus Sancti Deus...*
- 2) Cuando la oración va dirigida a Dios Hijo: *Qui vivis et regnas cum Deo Patre...*

La Santa Misa (51)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La Comunión)

E.2 La comunión

E.2.1 La comunión del sacerdote

E.2.1.1 Comunión del Sacratísimo Cuerpo

Después de haber rezado estas oraciones el sacerdote hace una genuflexión y dice:

“Panem caelestem accipiam, et nomen Domini invocabo”

“Tomaré el pan celestial e invocaré el nombre del Señor”

Es el momento en que va a consumir el sacrificio y tiene que renovar sus deseos de participar de él. El hambre tiene que preceder al alimento, lo mismo que en el desierto Dios hizo sentir hambre a los israelitas antes de enviarles el maná.

Al decir estas palabras toma el Cuerpo de Cristo entre sus dedos. Se siente conmovido por el momento de la unión con el Sagrado Cuerpo, pero ve la distancia infinita entre él, pobre pecador, y la santidad misma. Por eso se golpea el pecho y dice tres veces:

Oración

“Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo et sanabitur anima mea” (Mt 8,8)

“Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa; mas si una sola palabra y mi alma sanará”

El alma expresa los sentimientos de humildad que tienen que embargarla. El sacerdote uniendo su humildad a la fe en la omnipotencia de Jesucristo le expresa que con una sola palabra puede curar su alma y llenarla de gracias. Y al mismo tiempo recuerda que Él mismo le ha dado el mandamiento de recibirlo, como si dijera: “Tú me lo mandas Señor, y por lo tanto me puedes purificar y preparar en un instante” Por eso añade inmediatamente:

“Corpus Domini nostri Jesu Christi, custodiat animam meam in vitam aeternam. Amen”

“El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén”.

Al decir *“Corpus Domini..”* el sacerdote hace la señal de la cruz con la Hostia sobre la patena para expresar claramente que recibe el mismo Cuerpo que fue inmolado en la Cruz, y por lo tanto en estado de víctima.

E.2.1.2 Comunión de la Preciosísima Sangre

Oración: *“Quid retribuam Domino pro omnibus qui retribuit mihi?”*

“Con qué pagaré al Señor todos los beneficios que de él he recibido?”

Al decir las primeras palabras de esta oración el sacerdote descubre el cáliz, adora y luego recoge los fragmentos de la Hostia que pueda haber sobre el corporal. San Cirilo de Alejandría decía a los neófitos de Jerusalén que tenían que tener mayor temor de perder alguna partícula de éstas, que una pepita de oro, una perla o un diamante. Los griegos suelen llamar a estas partículas “perlas”.

Habiendo recogido las partículas toma el cáliz y dice: *“ Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo. Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero”* (Ps 115)

“Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor. Con alabanzas invocaré al Señor, y me libraré de mis enemigos”

“Tomaré el cáliz de salvación”, porque contiene al autor de ésta, Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando va a beber el cáliz, dice una oración similar a la de la comunión de la Hostia: *“Sanguis Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam aeternam. Amen”*

E.2.2 Las abluciones y sus oraciones

Hasta el siglo XII, no se solía hacer ninguna ablución.

Oración: *“Quod ore sumpsimus, Domine, pura mente capiamus, et de munere temporalis fiat nobis remedium sempiternum”*

“Haz Señor que recibamos con un corazón puro, lo que con la boca acabamos de tomar, y que este don temporal se traduzca para nosotros en remedio sempiterno”

El sacerdote dice esta oración en silencio, mientras el acólito vierte vino en el cáliz, porque es lo que mejor se acomoda con el recogimiento que exige la comunión y permite considerar interiormente el divino sacramento.

Después el sacerdote reza la siguiente oración mientras el acólito vierte el vino y agua sobre sus dedos que están en la copa del cáliz:

“Corpus tuum Domine, quod sumpsi, et Sanguis quem potavi, adhereat visceribus meis: et praesta: ut in me non remaneat scelerum macula, quem pura et sancta refecerunt sacramenta. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen”

“Tu cuerpo, Señor, que he sumido, y tu sangre que he bebido, adhiéranse a mi corazón y haz que no quede mancha de maldad en mí, a quien han alimentado estos puros y santos sacramentos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén”

Esta oración la reza el sacerdote, que es el único que comulga bajo ambas especies. Viene de un antiquísimo misal gótico de antes de Carlomagno.

“Adhaereat visceribus meis” Los alimentos naturales que comemos para alimentarnos deben detenerse en nuestro interior para poderlos digerir y que nos sean de provecho. De modo similar, el Cuerpo y la Sangre de Cristo - alimento del alma – tienen que pegarse a lo que tenemos de más interior, nuestros afectos, que son nuestras entrañas espirituales.

“Ut in me non remaneat scelerum macula”

El alimento corporal bien digerido restablece el cuerpo de tal modo que luego no aparece ninguna señal de debilidad. El sacerdote pide una gracia parecida para sus fuerzas espirituales”

La Santa Misa (52)

(Quinta parte)

E. La percepción del sacramento

(La Comunión)

E.2 La Comunión

E.2.3 La comunión de los fieles

a) Momento en que deben comulgar

Antiguamente se llegó a dar la comunión después de la misa. San Carlos Borromeo, en el 5º concilio de Milán, urgió a todos los párrocos a que cumplieran con la antigua costumbre de darla en la misa.

b) El rezo del Confiteor

El uso de rezar el confiteor antes de comulgar se introdujo a partir del siglo XIII. En este siglo los dominicos, carmelitas y canónigos de San Agustín autorizaron este uso.

c) Oraciones al dar la comunión

Después del confiteor, el Padre se gira hacia los fieles y con las manos juntas dice: *“Misereatur vestri omnipotens Deus et dimissis peccatis vestris perducatur vos ad vitam aeternam. Amen”* y luego haciendo la señal de la cruz, continua: *“Indulgentiam absolutionem et remissionem peccatorum vestrorum tribuat vobis omnipotens et misericors Dominus. Amen”* Esta absolución, absuelve de los pecados veniales a los que van a comulgar.

Luego el sacerdote se gira hacia los fieles y, teniendo en su mano izquierda el copón o la patena y elevando un poco con la mano derecha una hostia dice:

Oración: *“Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi. – Domine non sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo et sanabitur anima mea”*.

Cuando el sacerdote da la comunión, hace una señal de la cruz con el sacramento y dice: *“Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam. Amen”*.

Esta señal de la cruz se hace para señalar que se inmola el mismo cuerpo que se inmoló en la cruz. Estas palabras las dice el sacerdote para cada una de las personas que se acercan a comulgar.

Antes había abluciones para los fieles con un poco de vino, pero esta costumbre se perdió.

Monseñor dice que el rezo del confiteor antes de la comunión dispone a las almas a recibir bien todos los frutos de la Eucaristía. En el sacramento recibimos la gracia según nuestras disposiciones. ¡Hay que vaciar el corazón de todo para que Dios pueda llenarlo! Estas son las buenas disposiciones. Debemos ir como niños.

Dice monseñor del "*Domine non sum dignus*": Estamos enfermos y lo repetimos tres veces antes de recibir la sagrada comunión (di una sola palabra y mi alma quedará sana) El remedio? Nuestro Señor Jesucristo, su Cruz , su Sangre, la Sagrada Comunión. Sabiendo esto tenemos que aceptar el sufrimiento y la penitencia en reparación de nuestras faltas.

Al dar la comunión el sacerdote cumple con su misión que es preparar a las almas para recibir a Nuestro Señor y luego dárselos. El sacerdote da así lo más grande y hermoso que puede haber.

La Santa Misa (53)

(Sexta parte)

F. La Acción de Gracias

F.1 La antífona de comunión

Mientras el sacerdote purifica y cubre el cáliz, el acólito lleva el misal al lado de la epístola. Luego el celebrante reza la antífona de comunión, la que normalmente consiste en un versículo de los salmos. Tiene el nombre de comunión porque se debe cantar durante la distribución de ésta. Se llama antífona, porque se repetía alternativamente después de cada versículo del salmo.

Sin embargo, poco tiempo después, en lugar de cantarse durante la distribución de la comunión, en muchos lugares se empezó a considerar como un himno de acción de gracias que tenía que decirse después de la comunión, al punto que el Papa Inocencio III – que escribía a fines del siglo XII – la llama antífona de postcomunión.

Actualmente se considera un himno de Acción de gracias.

La acción de gracias según Monseñor Lefebvre:

Si hay un sacramento que tiene que llevarnos a la acción de gracias, es precisamente éste. Y en esta acción de gracias se nos brinda la ocasión para meditar y apreciar todo lo que Dios ha hecho por nosotros.

“Si conocieras el don de Dios” (Jn 4, 10) Somos verdaderamente Hijos suyos, no hijos adoptivos, sino que nos hace participar de su naturaleza a través de la gracia. Este es el don de Dios, Él mismo se da realmente a nosotros. ¿puede haber una religión en que Dios esté más cerca de los hombres que en la religión católica?

La Santa Misa (54)

(Sexta parte)

F. La Acción de Gracias

F.2 La postcomunión

El sacerdote vuelve al medio del altar, lo besa, saluda a los fieles con el "*Dominus vobiscum*" como al principio de cualquier acción que forma una nueva parte de la misa y volviendo al misal reza la oración de postcomunión. Se llama así esta oración porque se dice después de la comunión, para agradecer a Dios por el beneficio inefable de haber participado a los sagrados misterios y para pedirle la gracia de conservar en sí mismo los frutos y todo lo que ha obrado para la propia santificación.

Es la última oración de la misa (por eso antiguamente se denominaba complenda u oratio ad complendum) y después de ella el sacerdote cierra el misal.

¿Qué dice Monseñor Lefebvre?

La oración que concluye la santa misa manifiesta de nuevo el deseo de la Iglesia de que el sacrificio ofrecido sea una fuente de fidelidad a Nuestro Señor y de vida eterna para los fieles que han tomado parte en él.

El acercamiento a Dios en su sacrificio redentor producirá en las almas los siguientes efectos:

- Deseo ardiente de oblación total como víctima en unión con la divina Víctima.
- Amor de Dios y de Nuestro Señor hasta el sacrificio de sí mismo.
- Abandono total a la Santa Voluntad de Dios.
- Unión ardiente al Corazón atravesado de Nuestro Señor.

Los efectos del espíritu de amor que se manifestó en la Cruz y sigue manifestándose en el altar y en la Eucaristía tienden a alejar al alma del mundo, y hacerle despreciar las cosas pasajeras para apegarse a las eternas, y las cosas materiales para apegarse a las espirituales.

El alma siente un gran horror al pecado, una contrición profunda de sus faltas y un deseo inmenso de expiar por sí misma y por los demás.

La Santa Misa (55)

(Sexta parte)

F. La Acción de Gracias

F.3 Ite, Missa est

El sacerdote vuelve de nuevo al medio del altar, lo besa, saluda a los fieles con el *Dominus vobiscum* y dice seguidamente: "*Ite missa est*". (Idos es la despedida).

La misa de los catecúmenos, terminaba antiguamente después del sermón. El diácono decía en voz alta a los catecúmenos: "Las cosas santas, son para los santos: retiraos". Entonces salían del templo, judíos y paganos, penitentes públicos y catecúmenos y se cerraban las puertas. Esta despedida y la de los fieles al final eran tan solemnes, que el pueblo aplicó este nombre al sacrificio, que por esta razón se llama la despedida o la misa.

La regla general ha sido siempre decir "*Ite, missa est*" en los días que acudían muchos fieles, como los domingos y días de fiesta en que la misa era obligación.

Las rúbricas de Juan XXIII cambiaron esto. Ahora se da siempre la despedida a los fieles, salvo si sigue inmediatamente otro oficio, como el Jueves Santo y el día de Corpus si la procesión sigue inmediatamente.

Desde el siglo XII en las misas de difuntos se empezó a decir "*Requiescant in pace*" en lugar de "*Ite missa est*". En este caso no convenía despedir a los fieles porque a la misa de Réquiem, solía seguir el entierro, o algunas oraciones que movían a los asistentes a no retirarse en seguida.

Los fieles responden al "*Ite missa est*" con "*Deo gratias*". El mayor de todos los misterios y la acción de Dios más maravillosa no pueden terminarse sino con una acción de gracias.

Dice Monseñor Lefebvre al respecto: al final de la misa el alma tiene sólo un deseo: cantar su agradecimiento a Nuestro Señor y alabar a la Santísima Trinidad. Siente en sí un peso de eternidad, que la colma de alegría, de valor y de confianza, para hacer de su vida un himno de alabanza y de gloria de la Santísima Trinidad, principio y término de toda vida humana.

Cuanto más se estudia el santo sacrificio de la misa, más se percibe que es un misterio extraordinario, el misterio de nuestra fe. El sacerdote aparece en

ella, como alguien que ya no está en el tiempo, y que casi pasa a la eternidad, porque todas sus palabras tienen un valor de eternidad. No se lleva a cabo simplemente un rito sino que es una realidad eterna, que sobrepasa realmente el tiempo y que tiene consecuencias para la gloria de Dios, para salvar a las almas del purgatorio y santificar nuestras almas. Cada misa tiene realmente un peso de eternidad.

La Santa Misa (56)

(Sexta parte)

F. La Acción de Gracias

F.4 Adiciones a la misa

F.4.1 Placeat tibi Sancta Trinitas

“ Placeat tibi Sancta Trinitas, obsequim servitutis meae: praesta, ut sacrificium quod oculis tuae majestatis indignus obtuli, tibi sit acceptabile, mihiq; et ómnibus pro quibus illud obtuli, sit, te miserante, propitiabile. Per Christum Dominum nostrum. Amen”

“Séate agradable, ¡Oh Santa Trinidad!, el homenaje de tu siervo, y este sacrificio que yo, indigno, he ofrecido a los ojos de tu Majestad, te sea aceptable, y a mí y a todos aquellos por quienes lo he ofrecido sea, por tu piedad, propiciatorio. Por Cristo Nuestro Señor. Amen”

Esta oración al comienzo no formaba parte de la misa, sino que la decía solamente el sacerdote en privado, después de haber terminado todo y después de decirla se sacaba los ornamentos. Esto fue así hasta finales del siglo XVI.

El sacerdote la dice inclinado porque está dirigida a la Santísima Trinidad. La oración se encuentra ya desde el siglo noveno. Y claro, se ha creído que no se podía terminar la misa sin una especie de recapitulación. El sacerdote dice primeramente que ha querido tributar un homenaje de su servidumbre y dependencia a la Santísima Trinidad; en segundo lugar pide que este homenaje sea un sacrificio agradable a los ojos de Dios (en el sentido que no le desagrade a causa de la indignidad del ministro); y en tercer lugar, que por la divina misericordia este sacrificio sea propiciatorio para sí y para todas las personas por quienes lo ha ofrecido.

Esta oración es el resumen de todas las de la misa, que tiene por objeto los cuatro fines del sacrificio con sus frutos correspondientes.

La Santa Misa (57)

(Sexta Parte)

F. La Acción de Gracias

F.4 Adiciones a la misa

F.4.2 Bendición final

“ Benedicat vos omnipotens Deus: Pater et Filius, et Spiritus Sanctus R. Amen”

“Bendigaos Dios omnipotente: Padre e Hijo y Espíritu Santo. Amen”

“*Benedicat vos*”: Los hombres no pueden bendecir sino rogando a Dios mismo que los bendiga. Así es como Dios le había dicho a Moisés que bendijera al pueblo: “Que el Señor te bendiga y te guarde ; te muestre su rostro y se compadezca de ti ; vuelva a ti su rostro y te de la paz”. (Num. 6,24)

La bendición final de la misa se hacía ya generalmente desde el siglo XI. Los fieles siempre han tenido una gran devoción por esta última bendición. Antes al parecer la daban solamente los obispos.

Al dar la bendición, el sacerdote hace la señal de la cruz. Sólo los obispos la dan haciendo 3 veces la señal de la cruz. Dice primero: *“Adjutorium nostrum in nomine Domini. Qui fecit caelum et terram – Sit nomen Domini benedictum. Ex hoc nunc et usque in saeculum”*

En las misas de difuntos, no se da la bendición, porque la misa está enfocada en el alivio de las almas del purgatorio, a las cuales no se dirige la bendición.

Dice monseñor Lefebvre: “ La misa termina como había empezado: con el signo de la Cruz bienaventurada, fuente del orden restaurado en la caridad” Sí, porque el orden ha sido restablecido por la Cruz. Y la vida y la espiritualidad cristiana, no son sino el restablecimiento del orden que ha sido destruido por la privación de la gracia.

La Santa Misa (58)

(Sexta parte)

F. La Acción de Gracias

F.4 Adiciones a la misa

F.4.3 El Último Evangelio

Después de dar la bendición (o después del “*Placeat*” en las misas de difuntos), el sacerdote se va al lado evangelio y lee el principio del evangelio de San Juan. La rúbrica señala que al inicio el sacerdote hace un signo de cruz en el mismo altar o sobre el texto, pues este evangelio se ha dicho casi siempre de memoria. El evangelio de San Juan es la última adición a la misa . Desde el siglo XIII muchos sacerdotes lo rezaban por devoción, empezando así su acción de gracias. Después la devoción de los fieles llevó a los sacerdotes a rezarlo en voz alta antes de bajar del altar. San Pio V convirtió en ley el rezo de este evangelio.

Según muchos antiguos sacramentarios , antiguamente se terminaban las ceremonias del bautismo con el rezo de este evangelio, a causa de las palabras “*Dedit eis potestatem filios Dei fieri; his qui credunt in nomine ejus, qui....ex Deo nati sunt*”. Y no deja de convenir al final del Santo Sacrificio, a causa de las palabras: “*Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*”, puesto que Jesucristo se hace presente realmente en el altar y habita en nosotros por medio de la Sagrada Comunión.

Después de que el Padre recita este texto, los fieles responden “*Deo Gratias*”, palabras con que concluye la misa.

¿Qué mayor motivo de acción de gracias que el de haber recibido tantos beneficios en la misa? Gracias a Dios Padre que nos ha entregado a su Hijo; gracias a Dios Hijo, que se ha revestido de nuestra naturaleza; gracias a Dios Espíritu Santo que nos ha santificado en Jesucristo. Gracias al Verbo hecho carne, al divino Cordero que se acaba de ofrecer, inmolarse por nosotros y entregársenos en alimento. Gracias a Dios por todos sus dones e infinitas misericordias.